

Ilustración Artística

AÑO XXVI

← BARCELONA 29 DE JULIO DE 1907 →

NÚM. 1.335

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.—París, 1907.



EN EL BAILE DE MÁSCARAS, cuadro de Hugo de Beaumont

(Reproducción autorizada.)

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La confesión de un ladrón*, por Hugo Halifax. — *Frescos recientemente descubiertos en la Academia de Bellas Artes de Florencia*. — *El escultor húngaro Gyula Donath*. — *Corea. La dimisión del emperador Yi-Hyeung*. — *Carrera automobilista Pekín-París*. — *La fiesta de los sokols*. — *Mr. Carlos Arrow*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *Necrología*. — *Problema de ajedrez*. — *El marido de Aurette*, segunda parte de «Aurette», novela ilustrada (continuación). — *El minué de los albatros*, por Francisco de Caritene. — Libros enviados a la Redacción por autores ó editores.

Grabados.— *En el baile de máscaras*, cuadro de Hugo de Beaumont. — Dibujos que ilustran el artículo titulado *La confesión de un ladrón*. — *Frescos recientemente descubiertos en la Academia de Bellas Artes de Florencia y que se suponen pintados por Esteban Vanni*. — *Aguila en bronce*. — *Monumento á Kammermayer*. — *Monumento funerario*. — *El Recuerdo*, obras de G. Donath. — *Retrato oficial del emperador de Corea Yi-Hyeung*, pintado por J. de la Neziere. — *Carrera automobilista Pekín-París. Un paso difícil en la región montañosa. Los coolies chinos rompiendo las rocas á golpes de masa para abrir camino á los automóviles*. — *La romería de San Marcos*, cuadro de P. Boyer. — *El baño de la emperatriz Teodora*, cuadro de G. Rochegrosse. — *Venecia en el siglo XV. Los mosaistas de San Marcos*, cuadro de J. Wagrez. — *Praga. La fiesta de los sokols. Los ocho mil sokols reunidos en la llanura del Belvedere para ejecutar movimientos gimnásticos de conjunto*. — *Mr. Carlos Arrow, «detective» inglés que se halla al frente del servicio de policía auxiliar establecido en Barcelona*. — *El minué de los albatros*. — *María de Magdala*, cuadro de P. Joris. — *Fernando Poo. Asamblea agrícola de San Carlos*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La reprobación que yo he manifestado aquí repetidas veces á propósito de los asesinatos de mujeres, empieza á traducirse en la prensa y acaso en las conciencias, y un cronista escribe, humorísticamente, que aún quedan en Madrid, á estas fechas, unas diez y seis ó diez y siete mujeres sin degollar... La lenidad de los que tienen por misión juzgar estos crímenes trae su repetición, los pone de moda. No sé gran cosa de derecho penal, pero sé algo del corazón humano; la psicología me interesa, observo, escucho y anoto; y estoy convencida de que los criminales, como todo el mundo—y lo demás son paradojas hueras,—temen bastante á las consecuencias de sus actos, y se arrojan más fácilmente á cometerlos si creen que no les va en ello la vida, ni aun la reclusión perpetua. Si el sexo de la víctima se tomase en cuenta como agravante ó atenuante; si el *despachar* á una infeliz mujer no saliese tan barato..., menos veríamos de estas cobardes tragedias.

Y aunque parezca contrastar con lo anteriormente dicho, la vida se estima en poco—á las horas de exaltación, naturalmente—en las clases populares. Estos días han reñido á navajazos dos guapos madrileños, por una deuda de sesenta céntimos, poco más del importe de una cajetilla. El uno—el *Pipi*—infririó al otro—aprendiz de torero—una herida tal vez mortal en la región del corazón, pagándole así sus sesenta céntimos y cobrándole la ofensa de no llevarle como banderillero en su cuadrilla. No se dirá que no nos encontramos en plena España de pandereta y moña roja: rencores y agravios son estos que piden á gritos música de Bizet, acompañamiento de sonajas y fondo de plaza mudéjar allá en segundo término. ¿Por qué no suponer que el matador habiase comprometido ante una manola de negros ojos y quebrado talle á banderillar un berrendo, y á brindarle á ella la suerte, arriesgando gentilmente la cornada por demostrar el esfuerzo y la destreza de su brazo? ¿Por qué no mezclar en este lance de honra al amor, ese amor meridional bravío, coloreado abigarradamente con sangre? Así poetizaríamos el vulgar encuentro, prescindiendo siempre, claro es, de los sesenta céntimos, que dan al suceso una nota prosaica, de miseria y de tacañería. Porque sesenta céntimos, ó se cobran de momento, ó no se reclaman ya; y en esto, el pueblo no suele ser mezquino, en general, procediendo con desprendimiento cuando sus medios se lo permi-

ten... En el romance de la guapeza de estos dos chulos taurómanos no caben los sesenta sin pico. Hagamos caso omiso de la mísera deuda.

Más mísero aún el motivo por que en Granada un guarda de la estación y un colector de basuras esgrimieron las facas, con resultado tal vez de muerte. Por un montón de detritus que el uno quería llevarse y el otro no le permitía recoger... ¡Pobre humanidad! ¡Nacer rey de la creación, con el alcázar del pensamiento sobre los hombros, y todo para disputar á cuchilladas un hacinamiento de porquería! ¿Merece la vida ganarse á tanta costa y de tal modo? No lo sé. Ello es que abunda quien se la gana así y en peores faenas. ¿Cómo se concibe, dada la libertad absoluta que posee el hombre para escoger profesión, que haya quien escoja la de pocero, la de alcantarillero, la de lavandera, la de fregadora de pisos? Y sin embargo, nunca faltan los obreros de estos oficios, no sólo humildes, sino penosos y expuestos á asfixias, reumas y tullimientos. Acáso sea obra de la sabia Providencia el que exista gente para cualquier ocupación y trabajo.

Paolo Lombroso formula por escrito una observación que yo había hecho para mí: nota que los niños son cada día más bonitos, con un progreso marcado respecto á las anteriores generaciones; pero que, al llegar á la edad del completo desarrollo, no se recoge lo que se había sembrado, y los niños encantadores, candidatos á premios de belleza, se convierten en señoritas y señoritos vulgares, más bien feos, ó por lo menos ni feos ni guapos. Hay poblaciones donde me he fijado en este detalle: la niñez es realmente deliciosa, y entre la juventud, sería difícil encontrar un verdadero tipo de hermosura femenil ó varonil. ¿Cuál es la causa de este extraño fenómeno? Paolo Lombroso lo explica con razones muy comprensibles. Los ojos de los chicos suelen ser grandes, y los ojos de los grandes—sobre todo si se trata de gente que engorda—suelen ser chicos. Los ojos paran de crecer á los siete años; en cambio, la nariz se desarrolla inesperadamente en la cara del adulto. Siempre crece demasiado la maldita nariz, y su desenvolvimiento caracteriza toda la fisonomía. Nada más raro y precioso que una nariz griega, que una boca que se conserva fresca, porque ello es que la boca se usa mucho, para hablar, para comer, para reír, para besar... Las bocas de los niños están nuevas, intactas, las de los adultos empiezan á gastarse y á adquirir una expresión no siempre atractiva.

Otra observación muy exacta es la de que las mujeres del pueblo son jóvenes menos tiempo que las señoras. En general (no hablemos de casos especiales, como maternidad y lactancia demasiado frecuente, enfermedades, penas), la mujer de las clases elevadas es hermosa todavía á los cuarenta, mientras que la obrera ó la labradora se deforma rápidamente y pierden temprano la gracia y el hechizo de la juventud. Para ser hermosa hay que ser rica... «La mitad de la belleza está en la tienda», decía una ingeniosa condesa que conocía bien el mundo. Aspecto nuevo de la cuestión económica, que no agita á las turbas, porque las turbas no piden hermosura, sino pan..., pero que no deja de plantear un problema de justicia, el derecho á ser bonito...

Estamos en época de reivindicación de derechos. Hay una gran corriente de filosofía sin sistema ni disciplina, que reclama el derecho á hacer cada cual lo que se le ponga en el moño. «Si me da la gana de encasquetarme el sombrero torcido, torcido me lo encasqueto», dice un poeta. Yo confieso que no había visto por ninguna parte la ley que prohíbe encasquetarse el sombrero más torcido que la intención de Judas. La mayor parte de esas libertades que se piden, están ahí para quien las quiera. Estas peticiones me recuerdan siempre un episodio de la Revolución de Septiembre de 1868, apellidada *la gloriosa*. Una señora, doña Guillermina Rojas, que según mis noticias es persona de buena conducta y formal, tenía el gusto de hablar en público abogando por el *amor libre*. Esta propaganda escandalizaba á mucha gente, que no encontraba palabras bastante severas para calificar á la oradora. El único que situó la cuestión en otro punto de vista fué un entonces joven calavera, el hombre más aficionado al bello sexo que existe, y amigo también de presentar las cuestiones de un modo original y propio. Dijo el joven, hiriéndose con primoroso latiguito la punta de la bota de

caña clara: «¡El amor libre, el amor libre! ¿Y por qué demonios predica esa señora que nos den el amor libre? ¡No parece sino que no nos lo habíamos tomado!» Y no dijera mejor Zaratustra; y tal diría yo de las franquicias que solicitan algunos intelectuales europeos. Huir de las escuelas, librarse de los maestros, vivir libremente en el seno de la libre naturaleza... ¿Pero quién se lo impide? Acabo de encontrarme, en la senda que conduce al molino, á un hombre desaliñado, sin cuello de camisa, sin afeitarse de tres semanas, que caminaba canturreando horrores y que no me dijo ni un mal «Dios vaya con usted.» Y qué, ¿le llevarán á la cárcel?

Lo indudable es que, al lado del derecho de hacer cada uno lo que se le antoja, está el derecho sacratísimo de reirse de los estafalarios y maniáticos. La originalidad y la libertad yo las veo como algo interior, de cerebro adentro, pero no manifestado en exterioridades vistosas. El sentir, el pensar, pueden ser muy extraños, bajo la apariencia más burguesa y sencilla. Los románticos—que también alardeaban de insurrectos—pusieron algunas veces la insurrección en el sombrero y las melenas, como aquellos conjurados de ópera que sabemos que son conjurados porque llevan un lazo blanco ó negro encima del codo.

¿No han leído ustedes que el marido de una diputada creo que finlandesa (no estoy segura) armó un escándalo porque su mujer le tenía muerto de hambre?

Si la noticia no es un *canard* festivo, declaro que no conozco ser más ridículo que ese esposo parlamentario.

Es, por lo pronto, un varón... que confiesa y reconoce públicamente que vive á expensas de la hembra de su especie. El caso es frecuente, frecuentísimo; la confesión, no tanto, y en forma de queja, menos. Hemos convenido, teóricamente, en que el hombre debe trabajar para comer, y no hacerlo es vergonzoso. ¿Qué diremos si el hombre, no sólo no trabaja, sino que está esperando á que su cónyuge le llene el plato y le eche cerveza en el vaso..., y elige para hacernos tan interesante revelación el momento en que su dicha señora desempeña un mandato electoral? A los del Norte no les caerán bien los adjetivos flamencos, mas yo declaro que el único adjetivo aplicable aquí es el de *panoli*.

Por supuesto, los adversarios de que la mujer ejerza ciertas funciones políticas se han bañado en agua de rosas. No les esperaba mal rato si las esposas de los diputados se confesasen en los periódicos, lamentando las múltiples consecuencias de que sus maridos tomen asiento en el Congreso. Buenas cosas dirían, no ya del orden económico, sino de todos los órdenes, sin exceptuar el corintio. Para indicio discreto de las contingencias que en la diputación ven algunas mujeres suspicaces, bastaría recordar cierta redondilla del *Gran Galeoto*, que acaba así:

Pero es ponerme en un brete
hacer que diga... y concrete
lo que al cabo no diré.

Hay que reconocerle, sin embargo, al régimen parlamentario una ventaja: la de contener un poco la dispersión veraniega. Ignoro por qué razón, las Cortes se reúnen siempre en épocas que riñen con el método de vida de las clases acomodadas. Todavía me dura la impresión de asfixia de un año en que, por el mandato electoral de mi padre, tuvimos que pasar en Madrid casi todo el mes de julio. Los diputados debían de liquidarse, ó poco menos, en aquellas sesiones donde, para mayor sofoquina, se discutía recio. La frase usual, *discusión acalorada*, basta para dar á entender cuánto eleva la temperatura el disentiimiento de opiniones manifestado verbalmente. Los que no discutíamos, nos pasábamos el día de bata de organdí, con las ventanas cerradas, en un salón cuyos baldosines se regaban frecuentemente, absorbiendo horchata y dándonos aire con los grandes abanicos *pericones* entonces en boga. De noche salíamos á los Jardines, y al anochecer dábamos vueltas por la Castellana en landó. Tales eran nuestras fatigas, y con todo eso, sudábamos y nos debilitábamos. ¿Qué harían los discutidores, bregando allá en el antro asfixiante del Congreso?

El recuerdo de aquel calor africano, de aquella temporada de pereza y postración, es grato de evocar en este momento, en que la brisa mueve las copas de los árboles y el termómetro señala 27 grados Reaumur á la sombra—cosa muy tolerable.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA CONFESIÓN DE UN LADRÓN

Cerca de treinta años han pasado desde que Raimundo X y yo nos despedimos de nuestros camaradas y amigos de colegio para emprender con decisión la ardua tarea de ganarnos la vida; él cumpliendo un propósito que hacía largo tiempo acariciaba para hacerse misionero; yo para seguir la tentadora senda de la literatura, esperando llegar algún día al pináculo de la fama.

Buenos amigos fuimos á través de todas las vicisitudes de la vida de escuela primero, de colegio después, y á pesar de los divergentes caminos que elegimos, al terminar ésta, nuestra amistad, con el transcurso de los años, se hizo mayor y más estrecha. Después de semanas y meses, á veces de años, de penosos viajes predicando, enseñando y consolando, suele venir el padre Raimundo, como con cariño se le llama, á descansar á mi hogar. En esas visitas me ha referido, en momentos de expansión, muchas cosas singulares. Varias veces le he pedido que me permitiera poner por escrito, para perpetuarlas, algunas de sus narraciones, y habiendo por último logrado arrancarle el consentimiento á regañadientes, voy aquí á reproducir una que cuando por primera vez la oí me causó profunda impresión. Hasta donde me sea posible la referiré con sus mismas palabras, suprimiendo los nombres de personas y lugares con arreglo á lo que él expresamente me exigió.

Estábamos sentados junto á la lumbre una noche ventosa de marzo, fumando y charlando, como de costumbre, antes de retirarnos á dormir. Habíamos estado discutiendo la cuestión de la moralidad de ciertos negocios y de ciertas maneras de labrarse una fortuna por medio de especulaciones, cuando, al ir á contestar á algunos reparos míos, se nubló el hermoso semblante de Raimundo y me dijo:

—No, no; parece que es imposible fijar á nuestro gusto un patrón único al cual hayamos de ajustarnos al juzgar la conducta de los demás, porque aquello mismo que sea completamente opuesto á nuestro preconcebido concepto de lo lícito y de lo que no lo es, puede que aparezca á la conciencia de otro como perfectamente legítimo. En prueba de ello te contaré una entrevista singular que tuve, por este tiempo hará un año, cuando predicaba los sermones de cuaresma, en la gran ciudad fabril de Z. Estando ya próximo á terminar la serie, el cura de la parroquia una tardecita vino á felicitar me por la grande y escogida concurrencia que había asistido á la iglesia aquel día. De pronto sonó la campanilla de la puerta de entrada y un caballero preguntó por mí. Rogando al cura que me dispensase, me dirigí al salón de recibimiento y quedé sorprendido al ver en él á Mr. S., un caballero á quien hacía poco me habían presentado; una de las personas de más arraigo y respetadas de la población y gran partidario de la Iglesia. Creyendo que sería una visita de pura cortesía á persona que apenas conocía, me apresuré á saludarle afectuosamente y á preguntarle el objeto de su venida.

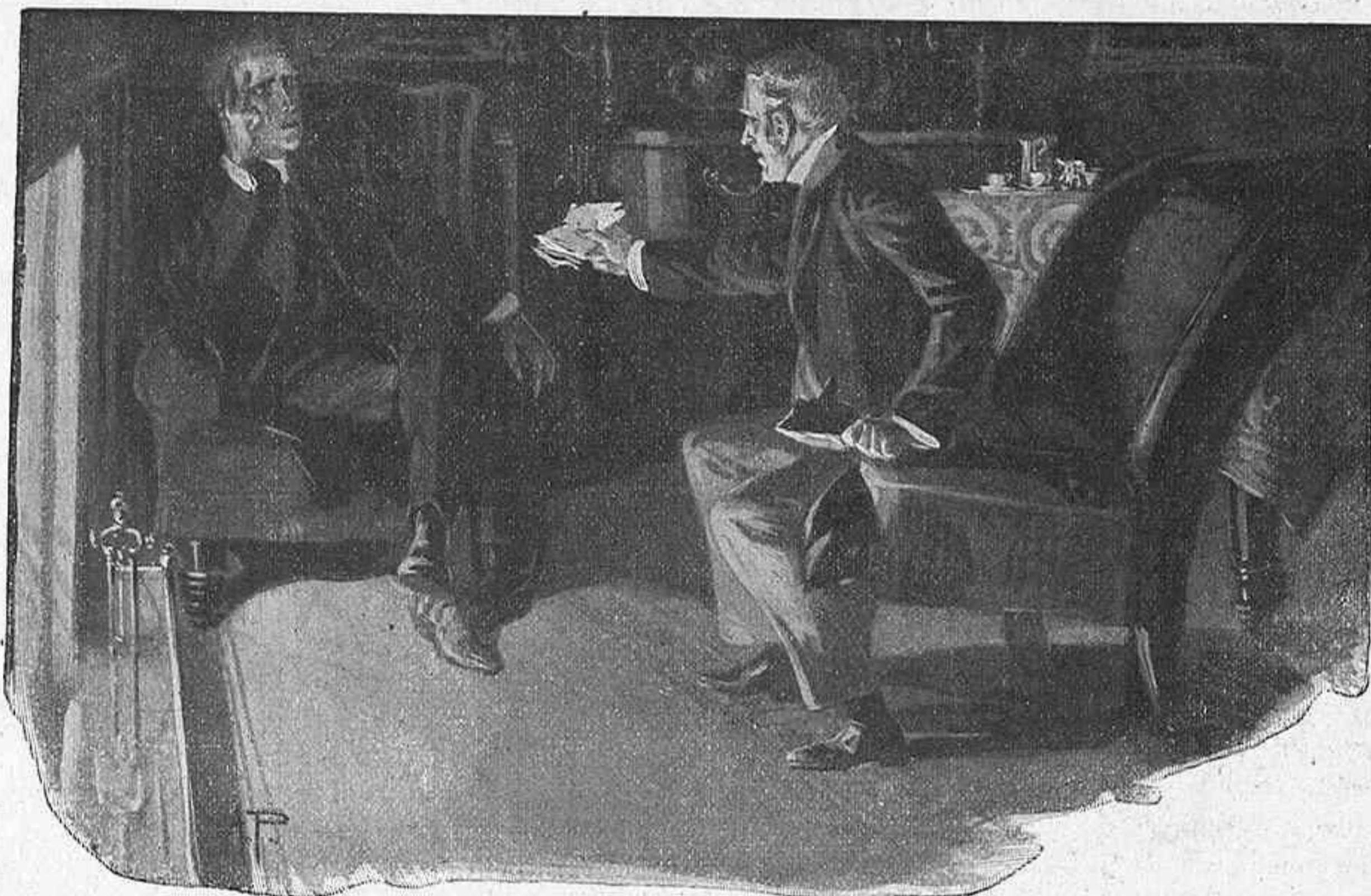
—Padre, me respondió, si no estuviera usted ocupado, me alegraría de que me proporcionara el placer de tener una hora de conversación con usted. Sé que regresa usted á Londres muy pronto, y por lo tanto, tal vez no se me presentaría otra ocasión como esta. Sabe usted, añadió sonriéndose, que desde que le vi á usted por primera vez en el púlpito he sentido lo que el antiguo marino cuando dice: «En el momento mismo en que vi su rostro conocí quién era el hombre que había de oírme. A él he de contarle mi cuíta.» Cosa extraña, yo nunca antes había experimentado esa sensación ni creo que la volveré á tener si usted me permite que le abra mi pecho.

Rogando á mi inesperado visitante que se sentase junto al fuego, toqué la campanilla, y después de disponer que nos trajeran café y de encargar que por ningún concepto vinieran á molestarnos, acerqué también mi asiento á la chimenea y aguardé con alguna curiosidad á que comenzara su historia el «antiguo marino.»

Después de estarme mirando unos momentos con fijeza, Mr. S. sacó del bolsillo una cartera de regula-

res dimensiones, tomó de ella unos cuantos billetes de Banco y me los alargó diciéndome:

—Aquí tiene usted cien libras esterlinas, que le ruego tome y emplee como mejor á usted le parezca, siempre que sea para aliviar la suerte de algún desgraciado que, á su juicio, lo merezca. Déselo usted todo, padre, á uno solo, porque á uno solo se lo quité; efectivamente, esa es la cuantía exacta de mi primer y único robo. Ahora bien: no vaya usted á ima-



Me los alargó diciéndome: «Aquí hay cien libras esterlinas.»

ginarse, continuó diciendo con mucha calma, que le doy á usted ese dinero por remordimientos de conciencia, ni como una especie de expiación; no, señor, nada de eso. Hágolo sencillamente en cumplimiento de una promesa que me hice á mí mismo cuando lo robé; entonces prometí que si me salía bien el golpe que intentaba, algún día daría la misma cantidad para que sirviera de ayuda á otro que se viera en tanta desgracia como yo en aquella sazón me vi. Bien puedo asegurar que he dado mucho más que eso en varias partidas, pero no era eso lo que yo me había propuesto, y he pensado que usted, con su experiencia y su bondadosa perspicacia, podría disponer de



El golpe era tan inesperado y tan terrible, que mi mujer quedó horrorizada

ella más provechosamente de lo que yo podría hacerlo.

—¿He de creer, Mr. S., que esta suma, en realidad, es el producto de un robo, pregunté asombrado, y de un robo del que no parece usted arrepentirse?

—¡Arrepentirme, caballero, arrepentirme!, exclamó

con calor. ¿Por qué me he de arrepentir de una acción que sólo sabemos mi creador y yo, que ha sido el medio de hacerme, para toda la vida, feliz á mi y á centenares de otras personas, de levantar á una familia desde los abismos de la desesperación hasta las alturas de la riqueza y la influencia? ¡No, mil veces no! Si me viera en las mismas circunstancias volvería á obrar del mismísimo modo, con esta sola diferencia: que no vacilaría tanto como entonces antes de hacerlo. Pero si yo le contara á usted los motivos de mi acción, tal vez llegara usted á verla bajo el mismo aspecto que yo la veo.

Esto último, claro está, no podía yo prometérselo; sin embargo, tenía verdadera curiosidad por saber desde qué punto de vista podía un caballero bien educado y de buenos principios considerar semejante ultraje á la moral. Le manifesté mi deseo de oírle y en el acto comenzó á referirme lo siguiente:

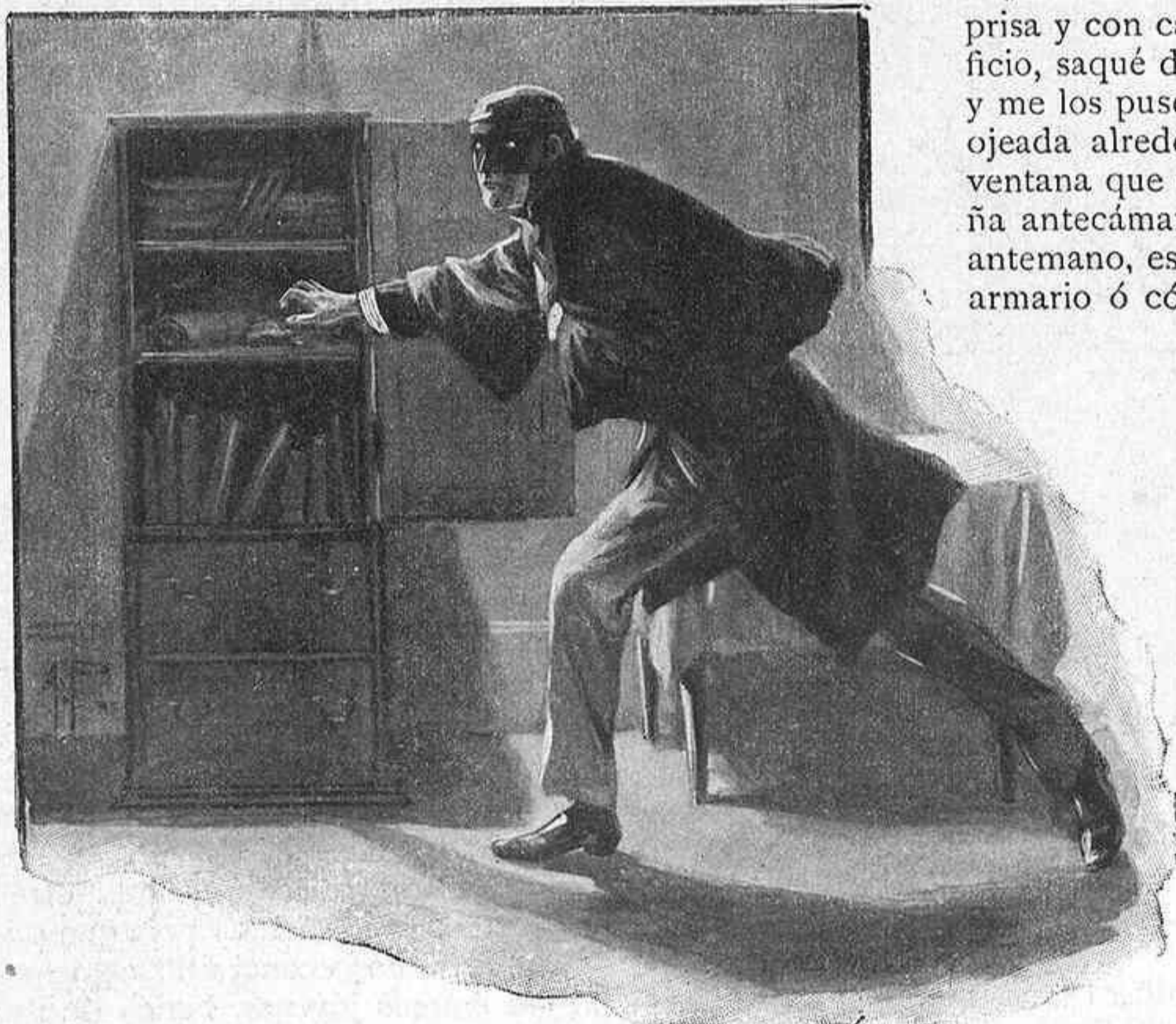
«Hace unos veinte años era yo un joven de buenas disposiciones y reputación, y desempeñaba un destino de confianza en una gran casa comercial de esta misma ciudad de Z. Aun cuando disfrutaba de un buen sueldo, los gastos ordinarios de una casa, más los extraordinarios que necesitábamos á veces mi mujer y yo ó alguno de mis seis hijos, eran otros tantos obstáculos para que pudiéramos economizar algo que

valiera la pena; pero éramos jóvenes, llenos de ilusiones y sólo deseábamos hacer el bien á todos los que nos rodeaban. Desgraciadamente, la casa decidió traspasar su negocio á cambio de una bonita suma, y un día, yo y varios de los otros empleados fuimos advertidos de que los nuevos dueños no necesitaban de nuestros servicios y que habían reducido el personal. El estado de mi ánimo cuando aquella tarde entré en mi modesta, pero feliz morada, mas es para imaginado que para descrito. El golpe era tan inesperado y tan terrible, que mi mujer se quedó horrorizada. Sin embargo, como nada habíamos de adelantar con lamentaciones, resolvimos hacer frente á lo inevitable del mejor modo posible. Desde luego se redujeron todos los gastos que eran susceptibles de serlo; quitamos del colegio á los niños mayores y yo me dediqué á buscar algún destino que algo me produjera. Para hacer más grande todavía nuestro infortunio en aquella ocasión, dos parientes ancianos é impedidos que se habían quedado sin un céntimo, nos pidieron que los admitiéramos en casa. A eso no podíamos negarnos ni yo mientras tuviéramos un techo bajo el cual cobijarnos, así es que era cuestión muy apremiante la de hallar dinero.

»Siempre nos habían demostrado muchas simpatías los amigos y conocidos. Ninguna reunión familiar se consideraba completa si no la amenizaba mi mujer con su conversación ó con sus talentos musicales, y más de un amigo á quien había ayudado á salir de algún mal paso había jurado eterno agradecimiento á mi humilde persona. Pero ahora parecía que todo había cambiado. Nadie ignoraba, como era consiguiente, nuestro cambio de fortuna, y al principio nos abrumaban con sus expresiones de simpatía y condolencia; pero á medida que corría el tiempo, despacio, pero indefectiblemente, fueron dejando poco á poco de invitarnos á las casas donde siempre habían recibido con agasajo. Nuestros amigos venían á vernos cada vez á intervalos mayores y con nuestros niños no se contaba para las muchas fiestas y reuniones infantiles que se celebraban en el vecindario. Por lo que á mí respecta, no había tropezado con dificultades para conseguir una colocación; pero el sueldo era muy corto en comparación con nuestras necesidades, y todas mis tentativas para establecerme por mi cuenta habían resultado inútiles. Sabía que si yo pudiera conseguir el capital necesario todo marcharía bien; pero á la mera insinuación de semejante cosa mis antiguos amigos huían de mí como de un apestado. Los primeros y los más presurosos fueron los mismos á quienes yo había ayudado con dinero.

»Todo esto, naturalmente, me llenaba de amargura. «Ahora—me decía—soy el mismo hombre, moral é intelectualmente, que hace un año, si es que, desde

ciertos puntos de vista, no soy mejor; mi mujer y mis hijos son los mismos de antes, y sin embargo, sin haber otro motivo que haber perdido ese dinero y esa posición social, evitan nuestro encuentro, nos compadecen ó nos miran con aire de protección, según los diferentes caracteres de cada uno. Si me hubiera acontecido cualquiera otra desgracia, dejando intacto el bolsillo, todos se hubieran comportado de modo muy diferente.» Verdaderamente la inteligencia, la buena conducta y todo lo demás, nada valen comparados con el oro. Habiendo llegado á adquirir esta convicción, decidí que en la primera oportunidad favorable me haría con tan precioso metal para recobrar mi anterior posición. Si mis amigos me ne-



Abrí con fuerza la mal cerrada hoja y me apoderé de la preciosa bolsa

gaban los medios de rehacerme, tal vez la Providencia vendría en mi socorro.

»Indudablemente fué algo más que pura coincidencia el que tan pronto como hube tomado esa resolución, se me viniera á mano el medio de realizarla. Pocos meses antes, uno de los curas de nuestra parroquia había sido trasladado á otra de más importancia; como había permanecido en ella más de veinte años trabajando mucho en pro de sus feligreses, éstos aprovecharon aquella oportunidad para manifestarle su gratitud, abriendo una subscripción á fin de obsequiarle con una bolsa llena de oro y un mensaje escrito de despedida. La cantidad recaudada fué de cien libras esterlinas, las que, junto con el pergamino, debían serle entregadas en una gran reunión que se había convocado en honor suyo y á la que había sido especialmente invitado. Yo había contribuído con mi pequeña cuota y de corazón deseaba al buen señor toda clase de venturas, así como que tuviera mucho éxito la subscripción; pero cuando supe hasta dónde ésta había llegado, mis buenas disposiciones se cambiaron. Otra vez entré en cuentas conmigo mismo. «Esta es—pensaba—justamente la cantidad que necesito para comenzar mi negocio. ¡Qué bien nos vendría! El reverendo J. no es casado, no tiene afecciones y predica el desprecio de los bienes terrenales. Sin embargo, estoy completamente seguro de que si me dirigiera á él, á pesar de ser un hombre bueno y digno, para pedirle prestado aunque fuera sólo la mitad de esa suma, me la negaría en términos muy claros y positivos.»

»Decidí, pues, que sucediera lo que sucediese, no volvería nunca á pedir favores á nadie y que, si fuera posible, me apoderaría de las cien libras antes del día de su entrega, de cualquier modo que fuese. Por de contado que yo no pensaba cogerlas sino en calidad de préstamo, proponiéndome devolverlas tan pronto como mis negocios marcharan bien. Así, pues, lo único que quedaba que hacer era concertar un plan de acción y ejecutarlo tan pronto como se pudiera, pues sólo faltaban cuatro días para la reunión convocada. Después de mucho pensar, resolví que trataría de dar el golpe la misma tarde de la ceremonia, durante el concierto que había de darse en obsequio del respetable sacerdote.

»Yo había recibido una tarjeta de invitación para el acto, como la mayoría de las familias de la parroquia, así es que no había dificultad en entrar y todo había de depender de mi sangre fría y aplomo.

»La noche de aquel memorable día, mi mujer, que no tenía ni la más remota idea de los planes que en

mi mente bullían, me acompañó al gran salón donde había de celebrarse el concierto y efectuarse la entrega del mensaje y de la bolsa, llena de agradables ilusiones, esperando pasar unas horas muy á gusto. Yo me había provisto de un antifaz negro y de una especie de muceta corta del mismo color; ambas cosas las traía muy bien dobladas y guardadas en un bolsillo de la levita.

»Saludamos á todos nuestros amigos y vecinos y nos instalamos cómodamente en un banco de las últimas filas. Cuando se hallaba en todo su apogeo el concierto, que realmente era muy bueno, aproveché un intermedio del programa para levantarme sin hacer ruido de mi asiento y salir fuera. Aquel era el momento en que iba á decidirse mi porvenir.

»La calle estaba desierta; dirigiéndome de prisa y con cautela á la parte posterior del edificio, saqué del bolsillo el antifaz y la muceta y me los puse. Después de haber echado una ojeada alrededor mío, procedí á forzar una ventana que daba luz de la calle á una pequeña antecámara, donde, como yo ya sabía de antemano, estaban guardados, en un pequeño armario ó cómoda, la bolsa primorosamente bordada con el oro y el mensaje, obra maestra del arte caligráfico, esperando la hora de ser entregados. Empujando un poco la taravilla del picaporte con un cortaplumas, pronto me vi dentro de la habitación; inundada la frente de sudor, me dirigí al armario, abrí la hoja mal cerrada y me apoderé de la preciosa bolsa. Un minuto después estaba sano y salvo en la calle. Lanzando en derredor una rápida ojeada, me quité el disfraz y lo volví á meter cuidadosamente en el bolsillo. Me enjuagué la cara, me arreglé un poco y con mi presa junto al corazón volví á mi asiento en el salón del concierto.

»Me parecía que había estado horas ausente, pero en realidad estuve apenas quince minutos; cuando me preguntó en voz baja mi mujer qué me había pasado, le contesté que me había sentido mal por el calor que allí había, pero que ya estaba bien.

»El momento de hacer la entrega iba acercándose á prisa y yo seguía sentado preparando los nervios para oír, sin demostrar más emoción que la que en semejante caso era de rigor, la inevitable nueva de no haber nada que regalar. Por fin llegó el intermedio del programa destinado á la ceremonia, y uno de los individuos del comité, mientras otro pronunciaba un entusiasta discurso de despedida, fué á la antecámara para traer la bolsa y el mensaje en su correspondiente bandeja de plata. Después de alguna espera varios señores fueron llamados desde adentro y luego uno de ellos se adelantó sin aliento dando la terrible noticia de que había sido robada la bolsa con el dinero. Hallaron la ventana en parte abierta y el armario forzado; pero el ladrón había huído sin dejar ninguna huella.

»Toda la concurrencia quedó consternada; por todas partes se oían frases de furiosa indignación, á las que, como era natural, uní también las mías. Por último, el alboroto se apaciguó un poco, y hecha entrega de la dedicatoria, que ya había perdido gran parte de su valor, y después de pronunciadas algunas frases de afecto y simpatía, la reunión se disolvió y cada cual se volvió á casa, calculando las probabilidades que pudiera haber de atrapar al audaz autor del chasco de aquella noche. El asunto se puso en manos de un hábil policía, pero hasta ahora ha permanecido envuelto en el misterio.

»Como un mes después hice correr la voz de que

me había tocado una pequeña herencia y comencé á trabajar por mi cuenta. Desde entonces todo me ha salido bien. Mi mujer é hijos gozan de salud y son felices; á mí me miran con respeto y afecto, á lo que creo, mis conciudadanos. Muchos donativos le he hecho al reverendo padre J.; no creo que le haya ocasionado grandes males el no haber recibido más que el mensaje de despedida. Ahora quiero cumplir la promesa que á mí mismo me hice dándole á usted las cien libras que tomé prestadas. Pero mi conciencia, padre, jamás me ha mortificado por la labor que hice aquella noche, y puedo decir con completa convicción que ha sido la base de mi fortuna el producto de mi primero y último robo.»

Después que Mr. S. terminó su relato, hubo unos momentos de silencio, durante los que ambos seguimos fumando gravemente y contemplando las llamas de la chimenea. Luego, movido por un impulso inexplicable, me puse en pie y le tendí la mano.

—Gracias por la confianza que ha depositado usted en mí, Mr. S., le dije, y tenga usted la seguridad que está bien puesta. Por lo que hace al dinero, se invertirá conforme usted desea. Lo demás lo dejo para que entre el Creador y usted lo resuelvan. Si alguna vez cambia usted de modo de pensar, me alegraría saberlo.

Después de pocas más palabras nos despedimos muy afectuosamente, y aunque tal vez no volvamos á encontrarnos en este mundo, el recuerdo de aquella noche no se borrará de mi memoria.

HUGO HALIFAX.

FRESCOS RECIENTEMENTE DESCUBIERTOS

EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE FLORENCIA

Las reparaciones que se están haciendo en la Academia de Bellas Artes de Florencia dejaron hace poco al descubierto, en una de las paredes, algunos vestigios de frescos antiguos; suspendidas aquéllas con tal motivo, la Dirección regional de Bellas Artes dispuso los trabajos necesarios para descubrir la obra entera y el resultado ha sido encontrar la interesante pintura que en dos fragmentos reproducen los grabados de la página siguiente. Representa parte de una *Cena* y el trozo central que falta fué destruído en 1831 para construir una puerta, destrucción inconsciente

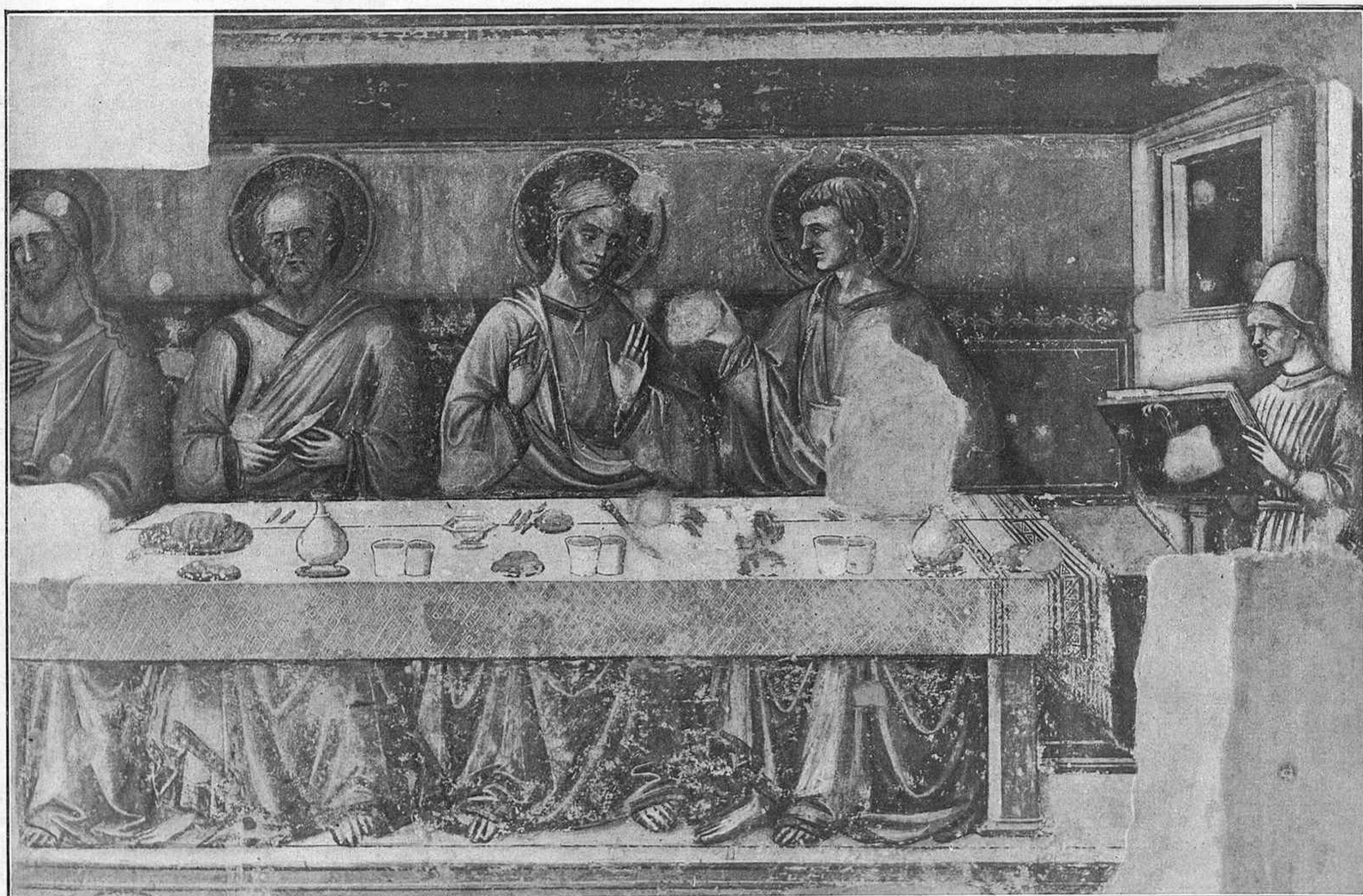


Adelantóse uno sin aliento dando la terrible noticia de que se había robado la bolsa con el dinero

por supuesto, ya que entonces se ignoraba que en la pared se escondiera el fresco.

La sala en donde éste ha sido encontrado era el refectorio del director y de los empleados del Hospital de San Mateo, fundado en 1385, y en los anales del establecimiento consta que la capilla y las salas del mismo fueron pintadas por varios artistas, principalmente por el célebre Esteban Vanni.

En el «Boletín de Arte» del ministerio de Instrucción Pública de Italia se ha publicado un informe del Sr. Marrai sobre este descubrimiento y en él se supone con fundamento que fué Vanni el autor de esa *Cena*.—R.



Frescos recientemente descubiertos en la Academia de Bellas Artes de Florencia y que se suponen pintados por Esteban Vanni (1409-1485)
(De fotografías remitidas por Romieux.)

EL ESCULTOR HÚNGARO GYULA DONATH

Las obras que en esta página publicamos son suficientes para probar la valía extraordinaria del artista que las ha modelado. Gyula Donath es, en efecto, uno de los más notables escultores de Hungría y su nombre, traspasando las fronteras de su patria, se ha hecho célebre en todo el mundo del arte.

Dedicase especialmente á la escultura monumental, y sin desdeñar en absoluto las tradiciones clásicas, ha sabido, por decirlo así, rejuvenecerlas, armonizándolas con las tendencias plásticas modernas.

El águila real que adjunta reproducimos figura en el palacio real de Buda-Pesth y fué ejecutada por encargo del emperador de Austria, rey de Hungría, Francisco José I, para conmemorar el milésimo aniversario de la fundación de la nación húngara, que se celebró hace poco tiempo. También por encargo del mismo soberano ejecutó Gyula Donath una hermosa estatua de cerca de cuatro metros de altura, en mármol de Carrara, del famoso Verboczy, el palatino húngaro del siglo xv que dió á su pueblo un Código de Justicia Criminal.

Los tres monumentos fúnebres que van en esta página denotan la mano de un artista genial que se preocupa, no sólo de la pureza y corrección de líneas, sino también de imprimir en la materia vida y movimiento. Hay en todas esas figuras una severa elegancia y al mismo tiempo una expresión que recuerdan las creaciones de los grandes maestros de la estatuaria.

Una de las obras que más fama han dado á Gyula Donath es la estatua monumental que hace poco ha terminado para la tumba del barón Liphay: representa á la Muerte, pero no en el aspecto convencional en que solemos verla representada, sino personificada en una figura arrogante que respira vigor y fuerza y que, irguiéndose soberbiamente y con los ojos clavados en el cielo, parece simbolizar el poder irresistible del Destino.

Hungría puede sentirse orgullosa de tener en Gyula Donath un artista de excepcionales dotes, original en sus creaciones y habilísimo en la ejecución de sus bellos pensamientos.— S.

COREA

LA DIMISIÓN DEL EMPERADOR YI-HYEUNG

La crisis determinada en Corea por la mala volun-

debía abdicar si no quería verse arrojado violentamente del trono por los japoneses. Ante esa advertencia y ante el temor de que su destronamiento significara desaparición del reino coreano como tal reino, el soberano se sometió.

En la mañana del 19 efectuóse en palacio la ceremonia de la abdicación de Yi-Hyeung en favor de su hijo, el príncipe Yi-Syek, y el monarca destronado comunicó su decisión al pueblo por medio de un rescripto en el cual se ve claramente que sólo á la fuerza se ha resignado á abandonar el trono.

La abdicación ha sido notificada oficialmente, no sólo al pueblo, sino también, conforme á las tradiciones y leyes religiosas, á los antepasados del emperador, á cual efecto los ministros han ido á los mausoleos imperiales y,

poniéndose en comunicación con los espíritus de los antiguos soberanos cuyos cuerpos descansan en aquellas tumbas, les han participado el destronamiento del Yi Hyeung y el advenimiento de su sucesor.

Los coreanos no parecen muy conformados con todo lo ocurrido, y según las últimas noticias, reina en toda Corea y muy especialmente en Seúl, la capital, una agitación extraordinaria que puede dar lugar á sangrientos trastornos. Pero los japoneses, amos de la situación, están resueltos á proceder con la mayor energía y á sofocar inmediata y severamente cualquier intento de rebeldía.

¿Cuál ha sido la razón determinante de un cambio de tanta trascendencia? El hecho de haber enviado Yi-Hyeung secretamente unos comisionados suyos á la Conferencia de La Haya. Como se ve, la razón, más que tal, es un pretexto que ha servido admirablemente á los japoneses para deshacerse de un soberano que, por sus aspiraciones y tendencias personales, podía llegar á ser, si no un peligro, un estorbo á su dominación disfrazada bajo el nombre engañoso de protectorado. ¡Una repetición más de la fábula de *El lobo y el cordero* que con tanta frecuencia se viene repitiendo en el curso de la historia desde los más re-

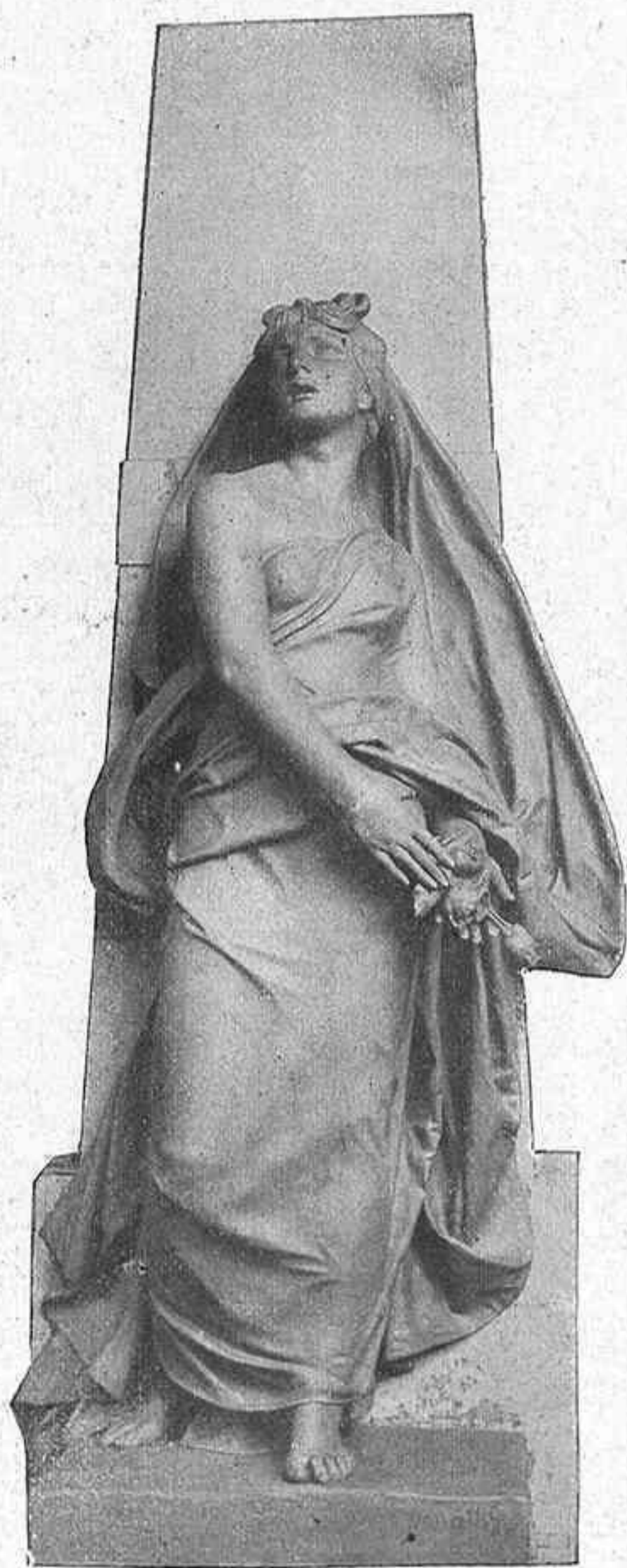


AGUILA EN BRONCE, obra de G. Donath

tad con que el soberano de aquel país se sometía al protectorado japonés, ha dado por resultado la abdicación del emperador.



MONUMENTO Á KAMMERMAYER, obra de G. Donath



MONUMENTO FUNERARIO, obra de G. Donath



EL RECUERDO, obra de G. Donath

Muy celebrado ha sido igualmente el monumento funerario del ilustre pintor Munkacsy, en el que ha encarnado el escultor la idea de una existencia que transcurrió en continuas luchas,

Yi-Hyeung ha tratado cuanto ha podido de evitar esa resolución, y al efecto convocó primero á sus ministros y luego al Consejo de los ancianos para pedirles su parecer, opinando todos unánimemente que

motos tiempos, poniendo á los débiles á merced de los poderosos!

En el edicto á que antes hacemos referencia, el emperador atribuye los contratiempos sufridos duran-

te los cuarenta y cuatro años de su reinado á los ministros encargados del gobierno. Sin negar que éstos distaron mucho de estar á la altura de su misión, hay que decir en honor de la verdad que tampoco el soberano ha estado á la altura de la suya y que, sobre todo durante los diez años en que la Corea ha disfrutado de una relativa independencia, se han cometido muchos errores que el Japón ha sabido ahora aprovechar para la realización de sus planes ambiciosos.

Cuando Yi-Hyeung subió al trono, en 1864, Corea era una potencia vasalla de la China, vasallaje del cual la libró el Japón en 1895, después de la guerra chino-japonesa, obligando por el tratado de Simonosaky al Celeste Imperio á renunciar á su soberanía. Corea, á pesar de esto, mostróse poco agradecida á su libertadora y su conducta no fué del todo ajena á los acontecimientos que determinaron la guerra entre Rusia y el Japón. Al comenzar ésta, las tropas japonesas ocuparon Seúl y cuando terminó, allí se quedaron, imponiéndose entonces al emperador un tratado por virtud del cual se le sometía al protectorado del Japón, mucho más gravoso para Corea que la anterior soberanía china, más nominal que efectiva.

Las últimas noticias recibidas son las de que entre Corea y Japón se ha firmado un convenio de cuyos artículos se desprende que el plan de los japoneses consiste en asumir enteramente la administración del país y la dirección del ejército; y aunque, como antes decimos, los coreanos tratan de rebelarse contra ese nuevo estado de cosas, el Japón cuenta con recursos sobrados para imponer su voluntad por medio de la fuerza. Hasta



Retrato oficial del emperador de Corea Yi-Hyeung, que recientemente ha dimitido. Este retrato, pintado por J. de la Neziere en 1903, está en el palacio imperial de Seúl. (De fotografía remitida por Photo-Nouvelles.)

ahora había en Corea un ejército de quince mil hombres, y por si estas tropas no fuesen suficientes, han

desembarcado recientemente algunas más en Gensán, de modo que el nuevo soberano, de quien se afirma que es un joven falto de energía, no tendrá más remedio que someterse á la tutela del imperio del Sol naciente.—R.

CARRERA AUTOMOVILISTA

PEKÍN-PARÍS

En el último número dimos cuenta de esa carrera y de las dificultades que han tenido que vencer los que en ella toman parte; la fotografía que en esta página reproducimos puede servir de muestra de los obstáculos que han encontrado los automovilistas. Unas veces eran lodazales en los que se hundían las ruedas; otras, cañadas estrechas y pedregosas en las cuales había que romper las rocas para abrir camino á los vehículos; en unos sitios, rodaban éstos vertiginosamente por pendientes rápidas, costando grandes trabajos á los conductores gobernar sus máquinas; en otros, hacía preciso, por el contrario, arrastrar los automóviles á fuerza de brazos y tirando de ellos por medio de cuerdas.

El día 15 de junio último los cinco concurrentes llegaron á Kalgán, á 290 kilómetros de Pekín, de donde salieron el 16 para pasar la gran muralla y escalar las abruptas pendientes de la alta meseta de Mogolia, y el 17 entraron en el desierto de Gobi. Allí se dispersó el grupo: el automóvil del príncipe Borghese tomó definitivamente la delantera, mientras el triciclo de Pons renunciaba á proseguir la prueba á fin de no retardar demasiado la marcha de los demás vehículos.—T.

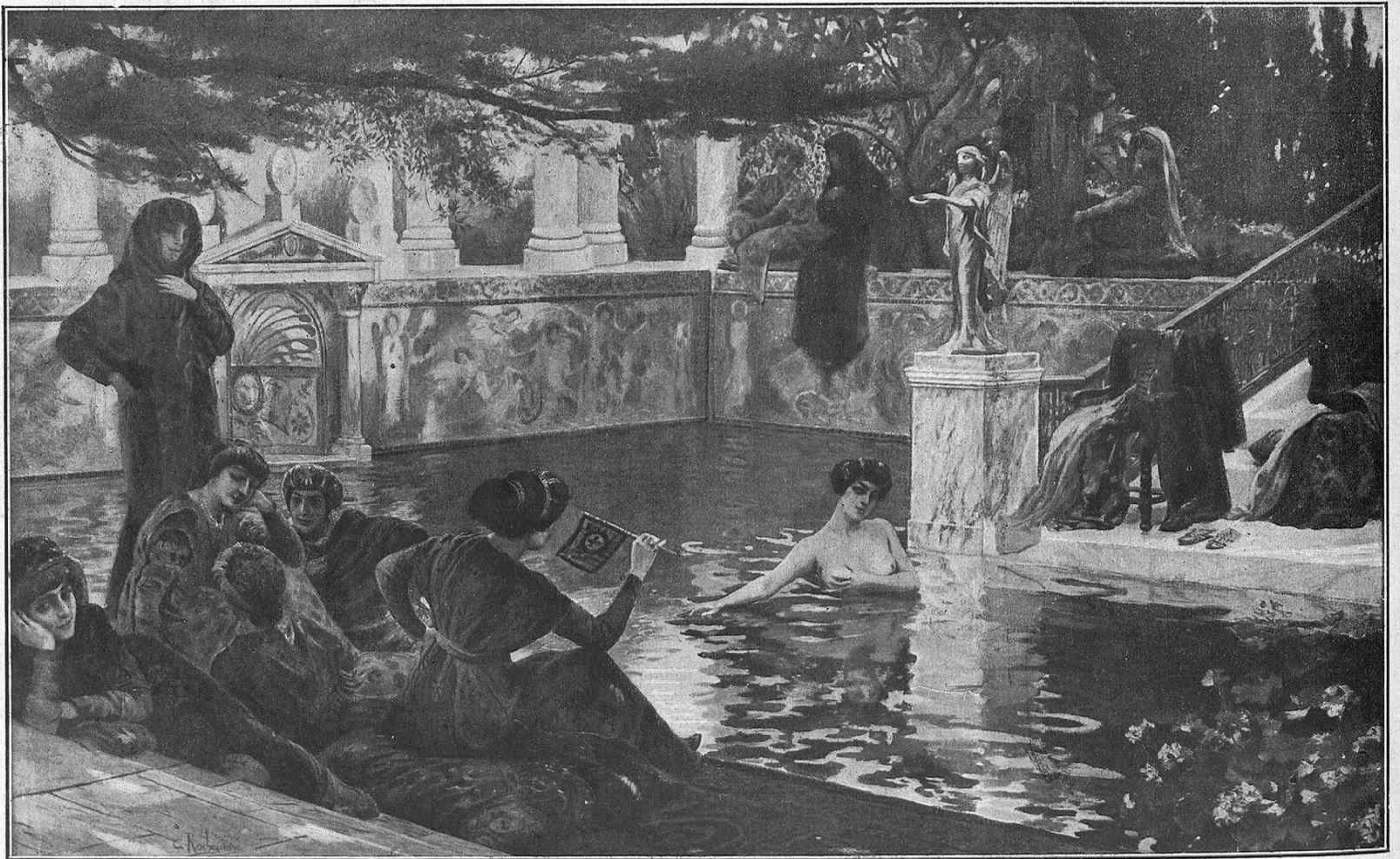


Carrera automovilista Pekín-París.—Un paso difícil en la region montañosa. Los coolíes chinos rompiendo las rocas á golpes de maza para abrir camino á los automóviles. (De fotografía de M. Branger.)



La romería de San Marcos, cuadro de P. Boyer. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.

(Reproducción autorizada.)



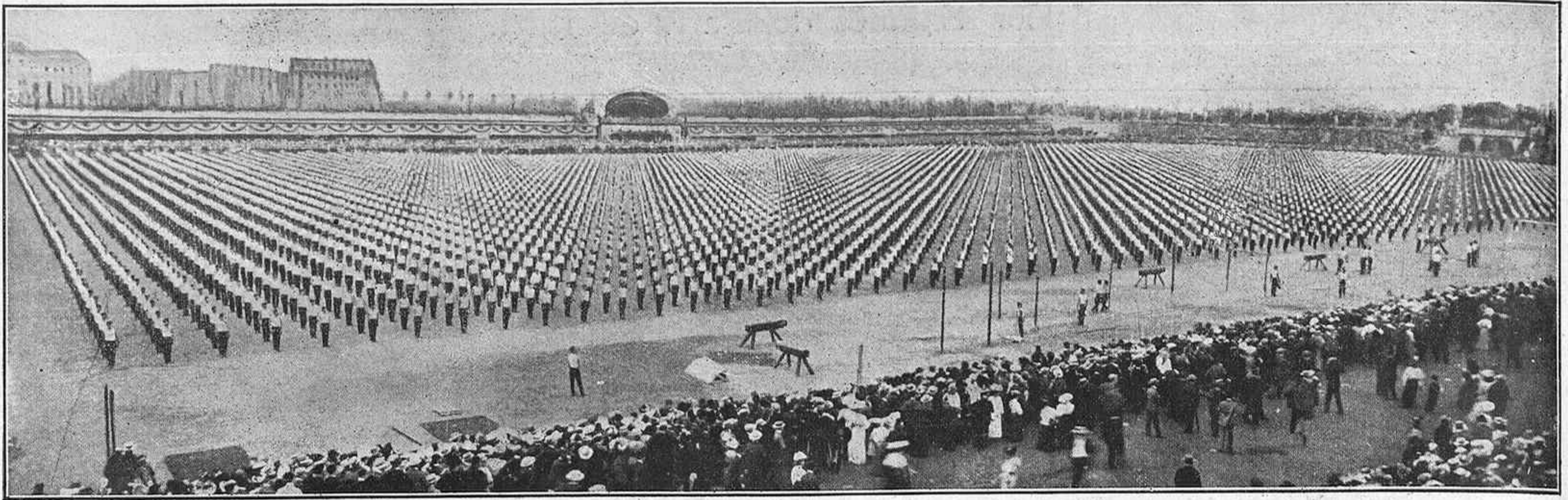
El baño de la emperatriz Teodora, cuadro de G. Rochegrosse. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses.)

(Reproducción autorizada.)



Venecia en el siglo XV. Los mosaistas de San Marcos, cuadro de J. Wagrez. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses.)

(Reproducción autorizada.)



PRAGA. — LA FIESTA DE LOS SOKOLS. — LOS OCHO MIL SOKOLS REUNIDOS EN LA LLANURA DEL BELVEDERE PARA EJECUTAR MOVIMIENTOS GIMNÁSTICOS DE CONJUNTO (De fotografía.)

PRAGA. — LA FIESTA DE LOS SOKOLS

Las sociedades gimnásticas eslavas de los sokols han alcanzado tal desarrollo, que actualmente su número se eleva en Bohemia, Silesia y Moravia á 717, con 58.000 miembros. Esa institución, además de ser un poderoso instrumento de educación física, es por su disciplina y por su cohesión una verdadera fuerza moral; de aquí que cada día tengan mayor importancia las manifestaciones periódicas con que afirma su vitalidad. Hace pocos días, los sokols han celebrado en Praga la quinta fiesta federal con un grandiosidad sin precedente. En la vasta llanura del Belvedere, que es en donde se efectúan los ejercicios, reuniéronse 8.000 gimnastas, cuyas evoluciones fueron de un efecto superior á toda alabanza. Con una precisión

fensa de Barcelona, uno de los principales acuerdos que por ésta se tomaron fué crear un cuerpo de policía auxiliar y una oficina de investigación, al frente de la cual se pondría un experto *detective* inglés. Para la designación de éste nombróse una comisión especial que, después de varios trabajos, ha elegido á Mr. Carlos Arrow, considerado como uno de los mejores jefes de policía ingleses. Mr. Arrow ha llegado hace pocos días á Barcelona, en donde había estado ya secretamente una temporada, y en seguida ha comenzado la instalación y organización del importante servicio á su dirección confiado. Su historia, dentro de la policía inglesa, es brillantísima, contándose de él hechos que demuestran sus dotes excepcionales para el descubrimiento de los crímenes más oscuros y la captura de los más peligrosos delincuentes.

La acción investigadora de mister Arrow será puramente privada y su policía nada tendrá que ver con el servicio oficial, de modo que no podrá ejercer autoridad alguna, reduciéndose su misión, según parece, á poner en conocimiento del Comité el resultado de sus observaciones é investigaciones y sus opiniones sobre complicidades en los delitos cuyo descubrimiento se le interese.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 489, 496, 497 y 503.)

En el baile de máscaras, cuadro de Hugo de Beaumont. — El asunto de este cuadro es de los que más han tratado los artistas, á quienes naturalmente seduce el espectáculo que tantos elementos pintorescos ofrece. No hay, pues, que buscar en él una originalidad absoluta y sí únicamente aplaudir la manera como el pintor francés ha dado forma bastante nueva á un pensamiento gastado, huyendo de los efectismos á que tanto se presta la escena reproducida é imprimiendo en ella un carácter de naturalidad y una espontaneidad dignos de los mayores elogios. No es el de Beaumont un cuadro de color ni de movimiento como casi todos los de tema parecido, sino un cuadro de observación sólidamente compuesto y sobriamente ejecutado.

La romería de San Marcos, cuadro de P. Boyer. — Aire y luz, vida y espacio hay en ese bellísimo lienzo; tiene, pues, todas las cualidades que pueden exigirse en obras de este género, en las cuales el pintor triunfará tanto más cuanto más se aproxime á la naturaleza. Pero aparte de esas excelencias de carácter general en los paisajes, se admira en el cuadro de Boyer el sentimiento local, que sólo es capaz de interpretar quien vea los asuntos con

los ojos del alma, quien experimente, puesto delante del espectáculo que ha de reproducir, esa impresión honda é indefinible que no todos los artistas sienten con la misma facilidad y que el autor de *La romería de San Marcos* ha debido sentir de una manera intensísima.

El baño de la emperatriz Teodora, cuadro de G. Rochegrosse. — *Venecia en el siglo xv. Los mosaístas de San Marcos, cuadro de J. Wagrez.* — Como complemento de la interesante serie de reproducciones de las obras más notables que han figurado en el Salón de los Artistas Franceses que hemos publicado, damos hoy á conocer á nuestros lectores las tituladas *El baño de la emperatriz Teodora*, obra del distinguido pintor R. Rochegrosse, que tan admirables lienzos ha ejecutado representando cuadros de costumbres de los pueblos de la antigüedad, en los cuales ha podido dar muestras de sus indiscutibles aptitudes y de su vastísima erudición, y el denominado *Los mosaístas de San Marcos*, obra, á su vez, de otro artista de grandes mereci-

mientos, que ofrece también una bellísima página de los tiempos medios, representando á aquellos artífices tan modestos como inteligentes que ejecutaron los admirables mosaicos que exornan los muros y las bóvedas de la original basílica veneciana.

Maria de Magdala, cuadro de P. Joris. — Recientemente nos cupo la suerte de reproducir en nuestra Revista, gracias á la galantería de su autor, un cuadro tan digno de aplauso cual lo es el que representa la *Procesión del Corpus en la Iglesia de San Pedro en Roma*, y hoy podemos hacer lo propio con el de *Maria de Magdala*, de género diverso que el anterior, pero que también se recomienda por sus cualidades que revelan las circunstancias que posee el artista P. Joris.

Necrología.— Han fallecido:

Elsus Sophus Bugge, eminente filólogo dinamarqués, profesor de filología comparada de las antiguas lenguas del Norte de la universidad de Cristianía, autor de interesantes estudios sobre leyendas y cantos populares germánicos, sobre la mitología septentrional, etc.

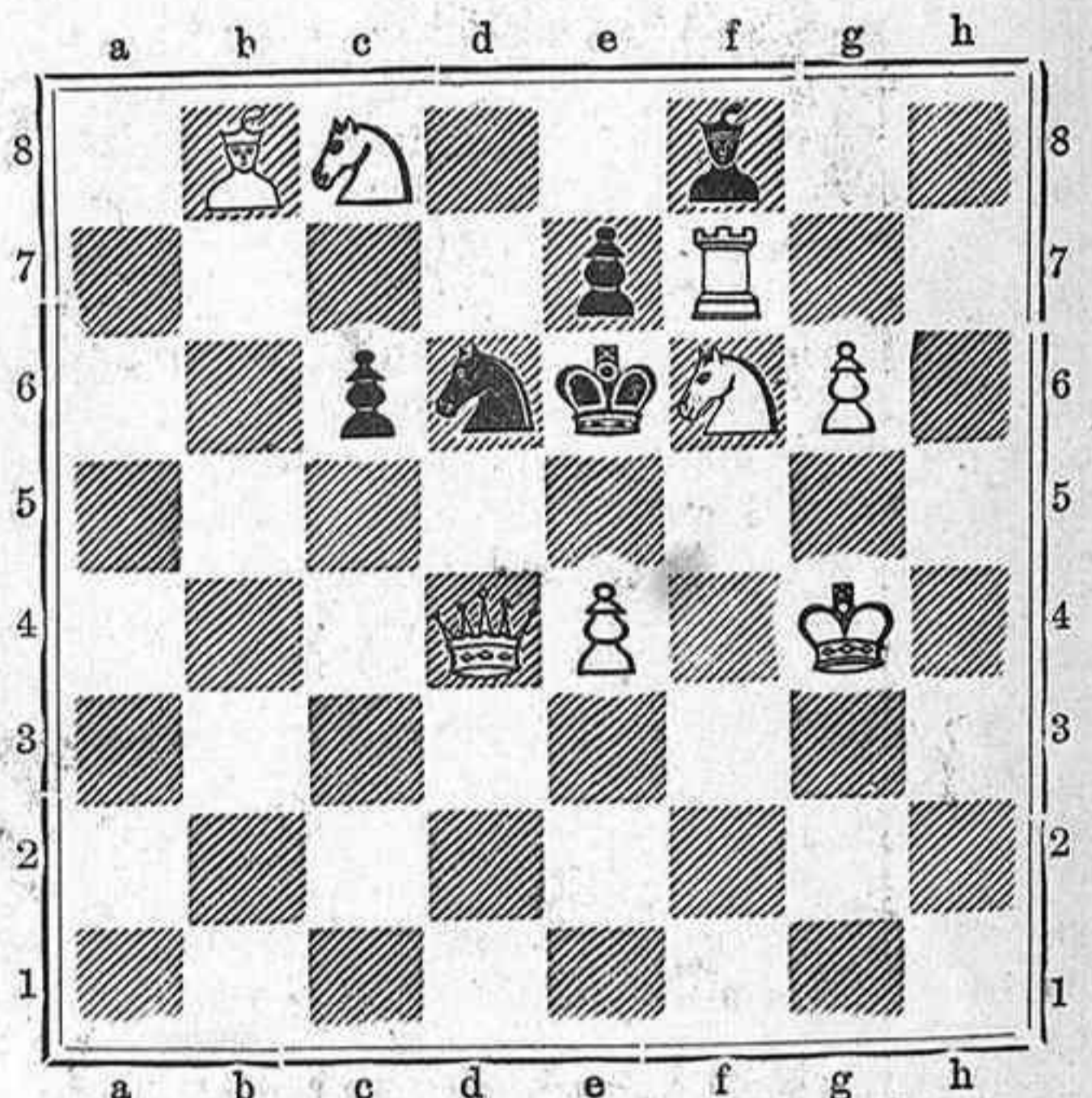
Federico Ratzel, arquitecto alemán, profesor de la Escuela de Arquitectura de Carlsruhe, autor de muchos importantes edificios públicos de las principales ciudades de Alemania.

Spencer Walpole, historiador inglés.
Teobaldo Chartrán, notable pintor francés, que se dedicó con el mismo brillante éxito á la pintura decorativa, á la religiosa y sobre todo al retrato.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 471, POR V. MARÍN

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

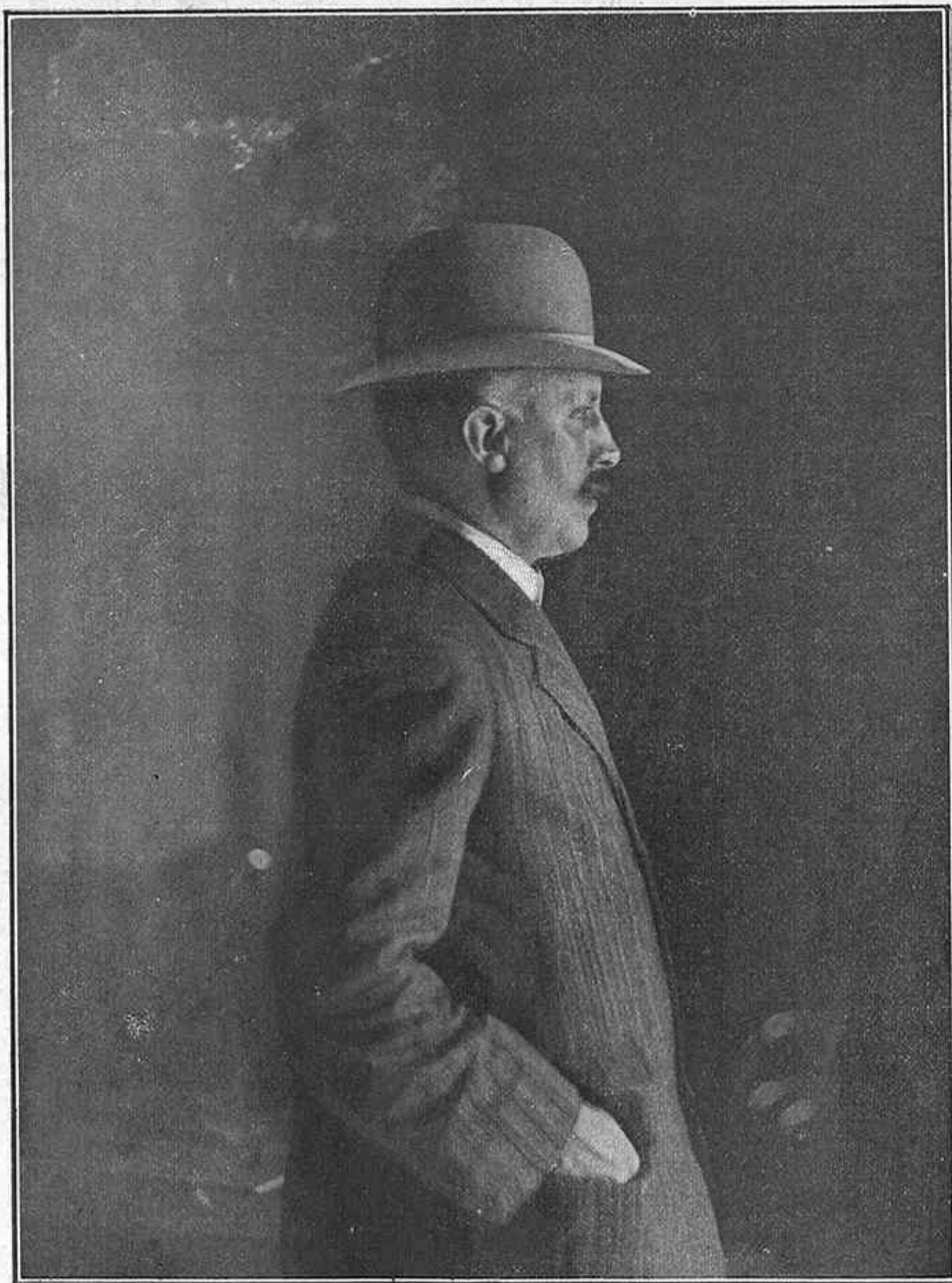
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 470, POR V. MARÍN

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ce3-f5 | 1. e6xf5 |
| 2. Cf8-e6 | 2. Cualquiera. |
| 3. C ó D mate. | |

VARIANTES.

- 1..... Rd3-e4; 2. Db2-c2 jaq., etc. d5-d4; 2. Cf5-e7, etc.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
créé par VIOLET. 29, Bd ITALIENS. Paris.



MR. CARLOS ARROW, *detective* inglés que se halla al frente del servicio de policía auxiliar establecido en Barcelona. (De fotografía de A. Merletti.)

matemática absoluta, como si obedecieran á la corriente instantánea de un motor eléctrico, todos ejecutaban el mismo movimiento, sin discrepar un segundo unos de otros, ora formados en filas paralelas, ora trazando figuras de una armonía perfecta.

El espectáculo fué realmente magnífico y los cien mil espectadores que lo presenciaron aclamaron á los sokols con delirante entusiasmo.

En el mismo lugar ejecutáronse también multitud de danzas nacionales bailadas por numerosos grupos de aldeanos que habían acudido desde las más apartadas comarcas y que vestían sus típicos y pintorescos trajes.

MR. CARLOS ARROW

Cuando con motivo de los atentados terroristas ocurridos en estos últimos años en esta ciudad se constituyó la Junta de De-

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)



En el centro del rosal, y bajo un dosel de rosas, había un nido

La señorita Leniel insistió, quiso parlamentar; mas todo fué inútil; el niño se había encerrado y no quería abrir. Había en todo ello un misterio cuya solución no tardaría en ser conocida; pero ¿a quién dirigirse? El granizo golpeó furiosamente los cristales con ese ruido de castañuelas violentamente agitadas que retumba en todo nuestro ser; la pobre tía, encorvada lo que no es decible, apartóse de aquella puerta inhospitalaria, en busca de un consuelo, de un consejo, de un apoyo cualquiera... Sentía en aquel momento un abatimiento moral tan intenso, que de pronto recordó que sólo dos veces en su vida había experimentado una sensación semejante: cuando se deshizo su boda, y cuando el doctor Rozel le dijo que su padre se moría.

Preguntar una vez más al cochero, correr á la ciudad, al liceo, avisar á su cuñado ó al doctor, traer á alguien, en fin, no estar sola con aquel niño encerrado que tal vez se había vuelto loco; todo esto se le ocurrió en un instante... Y aun llegó á pensar si un perro rabioso habría mordido á Juan...

Bajó corriendo la escalera, cogió su sombrero de campo y su chal que estaba colgado en un alzapuño y abrió la puerta que daba á la escalinata.

—¡No desenganche usted!, gritó á Brochet, que estaba en la cochera disponiéndose á desenganchar.

El cochero levantó la cabeza para interrogarla y en el mismo momento Aurette vió acercarse la figura esbelta de Natividad Villandré, que con la cabeza baja, para evitar los granizos que le azotaban el rostro, caminaba hacia ella con paso rápido.

—¡Ah!, exclamó como si alguien cortara una cuerda que la ahogaba.

Y habría corrido al encuentro del profesor, desafiando la lluvia que sucedía al granizo, si se hubiese sentido con fuerzas para ello.

Villandré que, sin duda, la había visto, apretó el paso, subió la escalinata, llev se á la señorita Leniel al vestíbulo y cerrando la puerta preguntó con voz seca:

—¿Y Juan?

—Aquí está, encerrado en su cuarto.

El profesor se quitó el sombrero, pas se la mano por la frente y los cabellos y dijo cortésmente:

—Señorita, pido á usted perdón por mi modo de proceder...

Su barba y su traje estaban empapados de agua; Aurette le miraba turbada, sin saber qué decir, pero convencida de que con él le llegaba un poderoso auxilio.

—Juan ha sido castigado, quizás demasiado severamente, y se ha rebelado, con lo que se ha agravado su situación; le han amenazado y ha huído. Me he enterado de esto al salir de clase, y sin detenerme más que en decir dos palabras al director, he venido... Pero puesto que el niño está aquí, ya estoy tranquilo.

Villandré la contempló sonriente, con aquella sonrisa que Aurette había visto ya en otra ocasión en sus labios, y el alma de la joven sinti se inundada de un gran bienestar. Los dos estaban de pie, frente á frente, en el vestíbulo

casi obscuro; de la ropa del profesor se desprendían gotas de agua que caían sobre el piso de mosaico produciendo leve ruido.

—Ha venido usted á pie y sin paraguas con este tiempo, dijo al fin Aurette volviendo en sí.

—Tenía miedo por Juan... y por usted, contestó Villandré.

—Pero no puede usted permanecer así, con esa mojadura; se pondría usted enfermo. Voy á decir que le acompañen al cuarto de mi hermano y que le den otra ropa..., ruego á usted que acepte este ofrecimiento que no puede rechazar..., ¿qué diría Lucila?

Diciendo esto llam  á un criado, y diez minutos después el profesor, vestido con un traje que fué de Carlos Leniel y que en él no resultaba ridículo, present se en el salón en donde le esperaba Aurette. La temperatura había descendido notablemente; un vapor espeso condensado en los cristales impedía ver el paisaje, pero el salón estaba templado y ol a bien.

—Juan se ha encerrado al llegar, dijo Aurette en cuanto se hubieron sentado, y no ha querido abrirme... Yo estaba loca y me disponía á salir en busca del doctor y de mi cuñado... ¡Imagine usted, sola aquí, sin saber nada!

La zozobra, más pasada que presente, puesto que ahora se sentía protegida contra el mal desconocido que tan bruscamente la había asaltado, se reprodujo en ella con tal violencia, que sintió que las lágrimas acudían á sus ojos; sin embargo, logr  reprimirlas.

—Tranqu cese usted, dijo Villandré con una dulzura rayana en bondad; ya no está usted sola y vamos á saber lo que ha pasado.

Entonces le explicó la falta de disciplina cometida por Juan. La falta era leve; pero el niño, considerado siempre como un alumno modelo, estaba por lo mismo más expuesto que cualquier otro á ser reprendido al menor descuido. La sangre de su madre, imperiosa y ruda, había hablado en él; Juan había replicado y á la réplica había seguido el castigo, y desde aquel momento una rebeldía abierta, violenta, le había hecho incurrir en mayor culpa. El profesor, hombre de poca paciencia, había exagerado sus de-

rechos, el niño se había excedido en los suyos y en cuanto se abrió la puerta del colegio, el culpable había huído.

Para que el coche no le alcanzara, se había metido por un campo probablemente con la idea de reflexionar y de serenarse antes de presentarse delante de su tía; pero la tormenta le había espantado y al oír el primer trueno había corrido á refugiarse en el Nido,   incapaz, en el estado de ánimo en que se hallaba, de dar explicaciones, habíase encerrado en su cuarto. Villandré intentaría hacerle salir.

El joven profesor había hablado con tranquilidad absoluta, y Aurette, que le escuchaba con el alma destrozada por la angustia, sentía poco á poco renacer la calma en su espíritu. ¿Qué era todo aquello, al fin y al cabo? Una rebeldía de niño. Juan apenas tenía ocho años, y á esta edad las c leras no duran mucho; su profesor había hecho mal en exasperar á un alumno hasta entonces de conducta intachable. Todo se arreglaría seguramente; pero lo esencial por de pronto era que el muchacho cumpliera sus deberes de sobrino.

—Yo me encargo de ello, dijo Villandré levantándose. ¿Quiere usted dejarme hacer á mí, señorita? No se deje usted ver.

Subieron la escalera y Aurette entr  en su cuarto, dejando la puerta abierta.

El profesor, después de haber escuchado un instante, llam  á la del cuarto de Juan, el cual no contest .

—Juan, dijo á media voz, con una voz cuyo timbre nunca había parecido tan musical y tan penetrante á la señorita Leniel; Juan, soy yo, su amigo Villandré, que tiene algo que decirle. ¿Quiere usted abrir?

—¿Sr. Villandré?, respondió la vocecita de Juan. ¿Es usted, de verdad?

—S , Juan, soy yo.

Abri se la puerta, entr  Villandré y Juan volvió á cerrarla. Aurette, recostada en su cama, se sintió desfallecer, tan repentina y violenta fué su alegría. Nubl ronse sus ojos, junt  sus manos en acción de gracias y recobrado el ánimo, bajó la escalera y volvió al salón.

El cielo ofrecíase nuevamente azul ante sus ojos; hacia el Oriente lucían grandes nubes negras que todavía surcaban los relámpagos, y el sol que había reaparecido teñíalos de colores maravillosamente ricos y variados. El granizo, muy intenso, pero de corta duración, no había causado grandes destrozos en la terraza: aquí y allí, una rosa tronchada, un tallo destruido, una rama rota; al día siguiente, después de una visita del jardinero, no quedaría el menor rastro de la pasada tormenta.

Aurette abrió la puerta-ventana; el aire era de indolente frescura, parecía un aire enteramente nuevo traído á la tierra por algún mensajero celeste; un penetrante olor de ozono que habían dejado los relámpagos le comunicaba un vigor particular; respirábase más profundamente y la vida entraba por los pulmones como una marea alta.

Un leve ruido detrás de ella le hizo volver la cabeza; Juan la miraba con ojos cariñosos y de arrepentimiento.

—¡Juan mío!, exclamó atrayéndolo hacia sí.

El niño alzó los brazos para estrecharla en ellos y Aurette se arrojó sobre la alfombra. Juan apoyó su frente sobre el hombro de la que para él lo era todo y juntos lloraron un instante. El sobrino fué el primero en alzar la cabeza.

—He prometido al Sr. Villandré, dijo, que sufriré el castigo sin decir palabra. Me ha hecho comprender que había dado un mal ejemplo... y esto no está bien..., no volveré á hacerlo nunca más, puedes estar segura de ello. Y á ti te he disgustado...

—No se hable más del asunto, repuso Aurette levantándose después de haber besado otra vez al niño. Pero ¿dónde está el Sr. Villandré?, añadió al ver que se hallaban solos.

—Estaba allí..., no sé. ¡Cuán bien ha hecho en venir! Después de mi travesura, no sabía yo cómo hablarte... ¿Qué habría hecho si no me hubieses llamado nuevamente?

Hablaba evidentemente con sinceridad absoluta, sin subterfugios, sin disimulo de ninguna clase.

—¡Qué alma tan hermosa y tan cándida!, pensó Aurette. ¿No sería una desdicha que se torciese por falta de una dirección prudente?

En esto volvió á entrar en el salón el señor Villandré.

—Quisiera marcharme, señorita, dijo alegremente, pero me es imposible ponerme mi ropa, que aún no está seca. Y digo imposible, porque sus criados de usted se niegan á dármele, de modo que no tendré más remedio que irme con este traje.

—Usted come con nosotros, caballero, respondió simplemente Aurette; con ello nos hará un gran favor á Juan y á mí, créalo usted.

El profesor aceptó sin replicar.

Á eso de las ocho el cielo se había despejado enteramente, si bien por la parte del cenit flotaban todavía doradas nubes como grandes velas henchidas por un soplo casi imperceptible; la tierra, completamente negra, habíase bebido el agua, el césped brillaba como un esmalte traslúcido, y las ramas, dobladas por la lluvia, comenzaban á enderezarse de nuevo. Villandré, vestido ya con su ropa, reapareció en la terraza, en donde había dejado á Juan con su tía.

—Buenas tardes, señorita; buenas tardes, Juan. Por fortuna Lucila no me espera y no podrá, por consiguiente, alarmarse por mi tardanza; pero de todos modos ya es hora de retirarme.

—¿No quiere usted quedarse un rato más con nosotros?, dijo Aurette con cierta vacilación.

—Es ya demasiado tarde; el sol va á ponerse, respondió con su voz grave. Buenas tardes.

Estrechó ligeramente la mano que le alargaba la Srta. Leniel y vigorosamente la de Juan, bajó los escalones que el agua del cielo había lavado, y en el momento en que iba á doblar el ángulo de la casa, volvió la cabeza para mirar por última vez á la joven y al niño.

Aurette, de pie al lado de Juan que se apoyaba en ella, le seguía con los ojos, y había en su mirada una expresión de gratitud tan profunda y tan seria, que Villandré se sintió conmovido, y quitándose el sombrero le dirigió un postrer saludo.

—Tienes un verdadero amigo en el Sr. Villandré, dijo Aurette á su sobrino, llevándolo al salón porque la noche estaba fresca.

—¡Un amigo!.. Sí, un buen amigo, repitió Juan

con entusiasmo. Me ha sacado de un mal paso. Ya sé que en el liceo me castigarán; pero si tú no estás enfadada conmigo, lo demás, después de todo, tiene poca importancia.

El niño afectaba indiferencia, y sin embargo Aurette notó que su mano inquieta temblaba.

—No puedes imaginarte, siguió diciendo Juan después de una corta pausa, el efecto que me ha producido su voz al través de la puerta. Yo creía que estaba en Angers; pero cuando he oído que se hallaba aquí, me he visto salvado. Además, cuando ha entrado, si supieras... Vestido con aquel traje... he creído que era papá.

De pronto su corazón estalló en sollozos, como si



La Srta. Leniel examinó el dobladillo de una sábana y nada dijo

por vez primera se diese cuenta de la pérdida de aquél; y sin embargo, la enérgica dulzura de Villandré no había podido evocar ninguna asociación de ideas en el niño, acostumbrado á la muelle indulgencia de su padre, agotado, quebrantado, condenado á morir joven. Tampoco era únicamente la vista del traje gris, que apenas había llevado Carlos Leniel; era más bien la conciencia de la reprobación paternal merecida por el escolar indócil y al propio tiempo el sentimiento de salvación traída por aquel hombre grave y fuerte que sabría castigarle, pero que, en caso necesario, sabría también protegerle.

Aurette, al oír las últimas palabras del niño, había experimentado una emoción intensa. ¿Qué padre, en efecto, habría obrado con más cariño y discernimiento que aquel joven extraño á la familia?

¿Extraño? No. Desde el día en que quiso dotar á Lucila, sabía Aurette que Villandré no era un extraño para ella y que ella no era una extraña para él. Un amigo..., el amigo de Juan, eso era. ¿Y con qué cuidado no cultivaría aquella preciosa amistad viril, indispensable al niño?

Esto fué lo que dijo á su sobrino mezclando sus palabras con caricias; y Juan la escuchaba gravemente, con el brazo enlazado á la cintura de aquella tía querida, con la cabeza apoyada en sus rodillas y alzando de vez en cuando hacia ella su hermosa mirada llena de confianza. Cuando Aurette se calló, el niño quedóse un momento silencioso y después murmuró en voz muy baja:

—Tienes razón y haré todo cuanto tú me digas y todo cuanto quiera el Sr. Villandré, que es un hombre, un verdadero hombre. ¡Y á ti, tía querida, te amo tanto! No quiero disgustarte más.

Y bajando aún más la voz, añadió con indecible expresión de ternura zalamera:

—¡Nunca más disgustarte..., mamá Aurette!

Púsose en pie de un brinco, la besó y se fué corriendo á su cuarto, adonde, contra su costumbre, no entró su tía para darle las buenas noches. Aurette comprendía que el niño se desarrollaba, que necesitaba mirar dentro de sí mismo y quiso dejarlo solo. ¿Se convertiría el muchacho en hombre de esa manera, por medio de crisis y de sacudimientos?

Invasión de pronto una gran melancolía y el salón le pareció muy vasto, muy vacío, muy triste. Dentro de algunos años, ¡y cuán de prisa pasarían éstos!, Juan sería un joven y ella..., ella sería vieja, una solterona en toda la extensión de la palabra. Juan se marcharía, el Nido quedaría desierto... ¡Qué triste y solitaria su vida entonces! Los niños de Julia, sí, sin duda..., pero esos niños felices, cuidados y dirigidos por su padre y por su madre, jamás serían para ella lo que era..., lo que habría sido Juan.

Vió surgir distintamente el porvenir que le esperaba: el doctor Rozel se habría muerto, Juan habría entrado en alguna escuela, probablemente en Saint-Cyr; Julia se ocuparía de sus hijas mayores, ya grandecitas y pronto en edad de casarse; al Nido no acudiría nadie, excepto el domingo, y aun en domingo, aquella familia numerosa solicitada por diversas preocupaciones, ¿se sujetaría á comparecer con regularidad? Aurette estaría sola, tal como había previsto en otro tiempo.

Aquella soledad que antes no la espantaba sumíala ahora en amarga tristeza. ¿Cómo había podido creer que las flores, el sol y las buenas obras llenarían el puesto de los ausentes, de los fallecidos? Los ausentes, más añorados aún que los muertos, con algo más torturador, más irritante, casi con movimientos de rebeldía y de cólera contra los que serían dichosos lejos de ella.

—¡Pobre Aurette!, se dijo. ¡Decididamente has malogrado tu vida!

Una luz grotesca y cómica cruzó por su mente: ¿entrar en un convento de damas nobles como la señora Thomasset? ¿Encontrar allí tal vez á esa mujer singular, destinada á vivir cien años, y á divertirse con ella de lo que á tantos otros divierte?..

No; Aurette no había nacido para esto; las fruslerías podían hacerla sonreír, pero no ocupar su alma generosa. Lanzó un gran suspiro y subió á su cuarto, deteniéndose delante de la puerta del dormitorio del niño, abierta de par en par; la respiración regular y sonora de Juan le demostró que éste dormía. Sintió ganas de entrar y de besarle; pero con ese estoicismo absurdo que, por una crueldad inútil para con nosotros mismos, nos impulsa á veces á negar-

nos los más naturales, los más inocentes goces, se revolvió contra su deseo y entró en su cuarto, en donde le costó gran trabajo conciliar el sueño.

X

Juan había prometido soportar valerosamente el castigo á que por su rebeldía se había hecho acreedor y cumplió su palabra; su actitud fué tal, que no sólo aumentó la estimación que por él sentían sus profesores, sino que además se conquistó entre sus compañeros la reputación de muchacho «valiente.» Aurette, pues, quedó tranquila por este lado; pero le esperaba otra desazón.

Dorvety no se había inquietado lo más mínimo por su fracaso del día en que Pascal interrumpió tan desventuradamente la corte que con tanto valor había comenzado á hacer á Aurette. ¡Total, una noche perdida! ¡Y había perdido tantas otras! Posteriormente había vuelto á la carga cerca del doctor Rozel solicitando una segunda entrevista, y tan bien se las había arreglado, que había encontrado efectivamente á Aurette varias veces en distintas casas.

Aurette, preocupada únicamente de la boda de Lucila, no se había fijado en la frecuencia de esos encuentros, y por otra parte, hablaba sin disgusto con Dorvety, por el cual sentía cierta benevolencia. No era éste un hombre malo, ni siquiera tonto cuando hablaba de lo que conocía, y si bien en materia de física era un ignorante, en cambio tenía algunas nociones prácticas de agricultura, de montería, de cría de ganado y de una porción de ramificaciones de esas ciencias útiles. En una palabra, fastidiaba á Aurette menos que muchos individuos de su trato

habitual que pasaban por hombres de ingenio. La única falta de Dorvety era haber sido presentado como pretendiente; pero parecía á la señorita Leniel que se había resignado buenamente con su derrota y hasta le agradecía, en cierto modo, su resignación.

Por esto fué grande su sorpresa cuando una señora de esas que figuran en el grupo general de «amigas» le dijo un día con aire á la vez misterioso y satisfecho:

—¿Conque ya está todo arreglado? ¿Podemos felicitar definitivamente á usted?

—¿Felicitarle? ¿Y por qué?

—Por esa boda...

—¿La de la señorita Brelet? Tiempo ha que es cosa hecha.

—¿No de esa, de la de usted, hija mía!

Aurette abrió desmesuradamente los ojos. Durante algunos años le habían dirigido aquella pregunta una vez al mes, por lo menos; pero desde la muerte de su padre había perdido la costumbre de oirla.

—¿Qué!, exclamó la buena señora. ¿No se casa usted con el Sr. Dorvety?

—¡Oh, no!, respondió bruscamente Aurette con una sequedad insólita en ella. ¿Quién ha dicho á usted tal cosa?

—Pues... todo el mundo.

—Todo el mundo es demasiado bueno, ciertamente. Tenga usted la bondad de decir «á todo el mundo» que se ha equivocado. Ya sabe usted que me quedo resueltamente para vestir imágenes.

Aurette se asombró al ver que la irritaba tanto una suposición que no era nueva y que al fin y al cabo se parecía á muchas otras que había soportado con paciencia. Tal vez debíase esto en parte al secreto convencimiento de su tristeza muda; pero de todos modos aquella vez tomó la cosa más en serio que en anteriores ocasiones y manifestó que quería que la dejaran en paz; con lo cual no hizo sino soliviantar en contra suya todas las buenas lenguas.

Un día después que las dos hermanas se hubieron desahogado á propósito de las personas que se meten en lo que no les importa, le dijo Julia á Aurette.

—En el fondo, también yo me pregunto por qué no has de casarte con Dorvety.

—¡Vamos! ¿Tú también?, repuso Aurette con la resignación de la desesperanza.

—¡Pues bien, sí! Dorvety se porta muy correctamente. Tu contestación, que nada tiene de amable, le ha sido transmitida, por supuesto, y al conocerla dijo que aún no se había atrevido á presentarse como pretendiente y que, por ende, todas las suposiciones eran prematuras; pero que si alguna vez le concedías el honor de escucharle, no renunciaría á convencerte por la sinceridad de su abnegación. ¿Verdad que no está del todo mal para un hombre que sueña con reconstituir el Gran Cazadero de lobos de nuestros reyes?

—Está muy bien, repuso Aurette sonriendo; pero será preciso encontrarle lobos, pues lo que es yo no me casaré con él ni como gran cazador ni como Dorvety á secas.

—Tal vez haces mal, replicó Julia pensativa; en peores manos puedes caer, y desde que sé que es tan galante me considero amiga suya.

Aurette no respondió. Villandré había dicho á Juan «Soy su amigo de usted.» Entre esas dos amistades ¡existía acaso el menor punto de semejanza! De pronto se acordó de que hacía quince días, á lo menos, que no había visto al joven profesor; una serie de exámenes explicaba su retraimiento, al que ella por lo mismo no había dado ninguna importancia, pero de repente pensó no sin cierta inquietud: «¿Por qué no me ha dado ninguna señal de vida?»

La reflexión le demostró que Villandré no tenía por qué hacerlo, pues sus relaciones se limitaban á lo más indispensable, á no ser que los juntara la casualidad... Entonces pasó por la mente de Aurette otra idea que se fijó en ella como una espina dolorosa:

¿habría tenido el profesor noticia de esas ridículas habladurías relativas á Dorvety? ¿Le habría dicho alguien que iba ella á casarse con ese Nemrod? Y si él había dado crédito á tal afirmación, ¿cómo debía menospreciarla! Pero ¿podría haber creído tal cosa? ¿No la conocía bastante para saber que era imposible?

«¡No, no me conoce!, pensó Aurette con ingenua humildad. ¿Cómo puede conocerme?, ¿qué sabe de mí? ¡Bien poca cosa! ¿Por qué no había de creermelo capaz de contraer un matrimonio de... de conveniencia, ya que así se llaman esas uniones? Si tiene esa idea de mí, es sencillamente una cosa abominable.»

—¿En qué piensas?, preguntó Julia, que esperaba una respuesta.

—Pensaba en que deberías invitar á comer un día de estos al Sr. Villandré. Ya sabes que intervino en favor de Juan cuando éste fué castigado en el liceo, y me parece que le debemos una fineza.

—¿Y por qué no le invitas tú misma?, preguntó la Sra. Deblay altamente sorprendida.

—¿En mi casa, y á él solo?

—Solo no, es imposible; con nosotros... Pero ¿qué

preciso animar á los jóvenes cuando se muestran atentos con las señoras, cosa por desgracia no muy corriente.

Aurette reía; había recobrado su buen humor, y el malestar que le causaran las indicaciones matrimoniales de las casenteras de profesión parecía haberse disipado; es más, sentíase tan satisfecha que creía haber olvidado en absoluto la existencia de su último pretendiente. De pronto Armando Deblay, sin ninguna mala intención, turbó aquella calma.

—He encontrado en la estación á Dorvety que regresaba de su hacienda, dijo dirigiéndose al doctor Rozel. Me ha preguntado por usted con tanto interés, que no he podido menos de invitarle á almorzar el domingo.

—El domingo comemos en casa de Aurette, replicó vivamente Julia mirando de soslayo á su hermana.

—Almorzar no es comer, respondió Deblay. Por la tarde podríamos llevarle á Dorvety con nosotros, pues ha pedido con insistencia el favor de ofrecer sus respetos á Aurette; yo no he dicho que si ni que no, pero me parece...

La Srta. Leniel, que se había puesto encarnada de cólera, involuntariamente buscó el rostro de Villandré y encontró la interrogación tranquila de sus ojos profundos: esperaba su respuesta sin impaciencia, sin emoción aparente, pero la esperaba.

—Mi querido Armando, dijo Aurette recobrando de pronto su serenidad, creo que es en mí un deber poner término á una mala inteligencia que se prolonga demasiado. El Sr. Dorvety me hace el honor de aspirar á mi mano; es mucha galantería de su parte y yo se lo agradezco, pero recibirle en mi casa sería estimular una pretensión que no apruebo. A pesar de sus méritos, estoy absolutamente resuelta á no...

á no casarme; es, pues, inútil que yo vuelva á verle.

Aurette, que, salvo una pequeña vacilación al final de su pequeño discurso, había hablado muy resueltamente, al terminar miró sin querer, y quizás sin saberlo, á Villandré.

Fué un relámpago, porque el profesor bajó en seguida los ojos, pero en aquel relámpago Aurette había descubierto un mundo; el cariño, la admiración, una alegría secreta y además esa misteriosa llama que no puede definirse la habían deslumbrado. Sintió un gran golpe en el pecho, como si el corazón, después de haber cesado de latir, recobrara de pronto su vida tumultuosa; cerró los ojos para aprisionar en ellos la luz que los había inundado, y se preguntó cómo podría marcharse en seguida para estar á solas con su visión, comprenderla, saborearla...

La voz de su cuñado la despertó de aquel ensueño volviéndola á la realidad.

—¡Pobre Dorvety! ¡Le destrozarás el corazón!, decía Armando con su maliciosa ironía. ¿Y qué harás con los pedazos del corazón de ese cazador de lobos? ¿No valdría más que poseyeras el corazón entero?

—¡Nada de eso!, respondió Aurette riendo francamente.

Una alegría infantil la había acometido de improviso, y como todos se levantaban de la mesa, aprovechó aquel movimiento para coger á su sobriñita, la niña mayor de Julia, y dar con ella dos ó tres vueltas en el centro del salón haciéndola saltar al mismo tiempo.

Cuando se detuvo, encontró por segunda vez los ojos de Natividad Villandré; no se había engañado, aquella mirada era la mirada prodigiosa que encerraba todo un mundo, toda una vida, una mirada como no había visto jamás otra hasta entonces.

—¡Me ama!, se dijo Aurette trastornada, desatinada, ebria de una alegría extraordinaria que no conocía y que nunca había sospechado.

—Aurette, gritó Julia, llamándola para que la ayudase á servir el café.

(Se continuará.)



... que Villandré se sintió conmovido y quitándose el sombrero le dirigió un postrer saludo

te pasa Aurette? ¡No parece sino que estás en Babia!

—La culpa la tiene esa ridícula historia del matrimonio. Ya no sé á qué lado volverme... ¿Soy ó no una solterona? ¡Pues que me dejen tranquila! A mi edad es lo menos que puedo pedir.

—Es preciso que te resignes, Aurette, dijo sonriendo maternalmente Julia, después de haber examinado á su hermana. No eres una solterona; será tan sensible como quieras, pero es un hecho.

—Pues entonces invita tú en tu casa al Sr. Villandré; yo no hago falta en esa comida y enviaré á Juan.

—Pero, Aurette, ¿qué mosca te ha picado?, exclamó llena de confusión la Sra. Deblay. ¡A fe mía, no te entiendo!.

La comedia y prudente Aurette, con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y los labios temblorosos, parecía sentir ganas de llorar ni más ni menos que una chiquilla de diez y seis años; pero comprendiendo de pronto lo ridículo de su situación, soltó, no sin esfuerzo, una carcajada.

—Te repito que la culpa de todo la tiene Dorvety, dijo recobrando aparentemente su buen humor; no más por haber oído decir que podía casarme con él he perdido á medias el juicio. ¡Considera, pues, lo que sería si la boda se efectuase! Conque ¿cuándo será esa comida?, ¿el jueves?

—El jueves, respondió Julia no sin un resto de asombro y aun de inquietud que su hermana no lo gró disipar con su beso de despedida.

XI

La comida proyectada era una comida puramente de familia; los únicos invitados eran Lucila, cuyo marido se hallaba ausente por asuntos del servicio, y Natividad Villandré. Juan se mostró amable singularmente con la hermana del profesor, á la que colmaba de atenciones.

—Creo positivamente que le hace el amor, dijo el doctor Rozel. Aurette, tu sobrino te dará mucho qué hacer si continua tal como empieza.

—Déjele usted, doctor, repuso la Srta. Leniel; es

EL MINUÉ DE LOS ALBATROS

En el número 1.301 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un artículo sobre la famosa isla de los albatros, ó isla Laysán, que es un verdadero paraíso de las aves. La *Fish Commission* de los Estados Unidos ha insertado recientemente en la tercera parte de su gran compilación sobre los *Recursos acuáticos de las islas Háiái* un interesantísimo trabajo de Mr. W. K. Fisher sobre las aves de las islas Laysán y Leeward que contiene algunos curiosos datos complementarios de los consignados en el citado artículo.

Las observaciones de Mr. Fisher fueron hechas durante un crucero científico, desde marzo á agosto de 1902, á bordo del vapor *Albatross* y en toda la región de las Háiái. El *Albatross* tenía la misión especial de explorar el grupo de las islas de las Aves, que son prolongación hacia el Oeste de las Háiái propiamente dichas y las más importantes de las cuales son las de Cura, Midway, Lisianchez, Laysán, Necker; etc. Estas dos últimas fueron especialmente visitadas por Mr. Fisher, y como tantas otras del grupo han permanecido habitadas durante mucho tiempo únicamente por las aves (1).

La absoluta mansedumbre de esos animales, no pervertidos aún por nuestras brutales costumbres, ha permitido estudiar el modo como las diferentes especies están allí distribuidas, así como también las costumbres de cada una de ellas, y Mr. Fisher pudo circular entre las poblaciones aladas de la isla Laysán y fotografiarlas en los diversos aspectos de su vida sin que se inquietaran lo más mínimo.

El pequeño número de especies que habitan las islas de las Aves es un hecho digno de notarse; hay una veintena de mar y media docena de tierra. El mayor número lo forman las palmípedas: golondrinas de mar y nodis (*Sterna fuliginosa*, *Sterna lunata*, *Proseleterna saxatilis*, *Micranous Háiáiensis*, *Gygis alba*, *Anous stolidus*), albatros (*Dionodea inmutabilis*, *D. nigripes*), petreles (*Puffinus cunctatus*, *P. nativitatis*, etc.), faetones, pájaros bobos (*Sula cyanops*, *S. piscator*, *S. Sula*), fragatas y ánades (*Anas Laysanensis*), á las que hay que añadir algunos zancudos, rascones, becas, pluviales y dos gorriones afines del pinzón y de la curuja (*Telespiza cantans*, *Acrocephalus familiaris*).

Ese pequeño contingente de especies da una población considerable de muchos cientos de millares de individuos que se distribuyen en la isla de Laysán de una manera que dista mucho de ser caprichosa. Para comprender su distribución es necesario explicar en pocas palabras la geografía de aquella isla. Es ésta un cuadrilátero de unas dos leguas de largo por algo más de media de ancho que tiene la forma de una meseta cóncava, porque es un antiguo atolón actualmente elevado sobre el mar, y cuyo centro está ocupado por una laguna cerrada por todos lados; la costa hállase circuida por un cinturón de arrecifes que dejan solamente hacia el Oeste un estrecho canal. La vegetación forma una serie de zonas en cierto modo concéntricas entre el mar y la laguna: 1.ª una estrecha faja litoral de plantas pobres y cortas, de con-vulvuláceas, etc.; 2.ª una faja más ancha cubierta á trozos de espesos matorrales y en la que ocupa grandes espacios una especie especial de quenopodio (*Chenopodium Sandüicheum*); y 3.ª una zona alrededor de la laguna, totalmente desprovista de vegetación y cubierta únicamente de guano.

Las aves se distribuyen siguiendo esas zonas y formando «ciudades» y «colonias» perfectamente distintas unas de otras. El albatros de pie negro (*D. nigripes*), por ejemplo, ocupa sólo las playas de las costas Norte, Este y Sur; los pájaros bobos (*Sula cyanops*) habitan exclusivamente en la primera zona de vegetación; en una faja paralela, ciertas golondrinas de mar ocupan, algo más adentro que las anteriores, la parte más elevada de aquella región litoral; detrás de ella, otra especie del mismo género (*Sterna fuliginosa*) forma una ancha faja en la segunda zona de vegetación; y por último vienen los petreles, primero el *Oestrelatata hypoleuca*, que busca los sitios arenosos en medio de la zona poblada de vegetales, y luego el *Puffinus cunctatus*, que detrás de él forma un círculo de colonias en torno de la laguna.

Sin entrar en pormenores ociosos que nos obligarían á seguir una por una las especies, hemos de notar el hecho de que además de la distribución antes señalada, hay una distribución vertical no menos marcada. «El número de aves es tan prodigioso—dice Mr. Fisher—que el espacio escasea y muchas especies viven una encima de otra,» formando una verdadera sobreposición que recuerda las series de pisos de nuestras grandes ciudades.

No insistiremos en esas interesantes observaciones, bastantes á demostrar

(1) La isla de Necker, sin embargo, debió ser en otro tiempo visitada periódicamente por los indígenas de Háiái por razones religiosas, según lo demuestran los altares de piedra encontrados por Mr. Fisher.

que puede haber una ciencia de las sociedades animales como hay una ciencia de las sociedades humanas. El estudio de la distribución de los grupos animales en un territorio determinado y el de las relaciones que tienen entre sí las partes que constituyen cada grupo, producirán algún día resultados de gran interés. Preciso es reconocer que hasta el presente esa especie de *sociología comparada* se halla en la infancia.

No pasaremos por alto, sin embargo, el curioso *fenómeno social* de esas extrañas danzas á que se entregan incesantemente los albatros de las islas de las Aves y de las cuales dan perfecta idea las adjuntas fotografías tomadas del natural por Mr. Fisher. Durante mucho tiempo se ha creído que esa clase de juegos se limitaban al período de los amores y que, por ende, tenían muchos puntos de relación con esos engalanamientos de boda, con esos medios de gustar que buscan los machos particularmente en esa época; pero Mr. Fisher observa con mucha razón que si, en otro tiempo, pudo realmente ser la danza de los albatros un hecho nupcial limitado á un período del año, desde hace mucho ha perdido ese carácter, y que «esas danzas se repiten ahora diariamente durante los diez meses que aquellas aves pasan en tierra.» Aun durante la noche, á la luz de la luna, Mr. Fisher, al visitar una colonia de albatros, ha podido ver cómo se entregaban con ardor á tan extraño ejercicio que acaso sea para ellos un juego y un espectáculo, si cabe emplear, tratándose de unas aves, esas palabras que representan modalidades bien definidas de la actividad humana.

Los grabados que publicamos hacen innecesaria una larga descripción; de aquí que nos concretaremos á extractar la del viajero americano. La primera figura de la danza, que se baila por parejas, representa dos albatros que se acercan uno á otro, se inclinan profundamente y con gran so-

lemnidad dan vueltas uno en torno del otro, cruzando luego sus picos repetidas veces. De pronto (segunda figura), una de las dos aves esconde su cabeza debajo del ala, mientras la otra, inmóvil como una estatua, mira maquinalmente á un lado y lanza un grito agudo. Entonces el primero (tercera figura) estira la cabeza, la levanta al aire y la alarga tanto como puede enfrente de su camarada, el cual adopta la misma postura y prosigue su canción ó bien permanece

quieto en su primera actitud. Finalmente, cuando han terminado esta última figura, se saludan de nuevo como al principio y vuelven á empezar. Este modo de bailar, que es el ordinario, tiene, sin embargo, muchas variantes, entre las cuales los marineros del *Albatross* obser-

varon una muy parecida al famoso *cake walk*. A veces los bailarines son tres, en vez de dos.

Mr. Fisher asegura que la cortesía de los danzantes es perfecta; nunca abandonan á su compañero antes de terminar el baile y jamás faltan á la corrección más exquisita.

En algunos casos, á las figuras que dejamos descritas se agrega otra graciosa figura suplementaria: una de las aves, sin detenerse, recoge con rápido movimiento una brizna del suelo y se la ofrece á su vis á vis, el cual no

acepta el presente, como si temiera faltar á las reglas, y se limita á corresponder al obsequio con otro igual, cogiendo y ofreciendo, á su vez, una brizna. Al decir de Mr. Fisher, bailan con tanta formalidad que no parece sino que de la danza depende su vida.

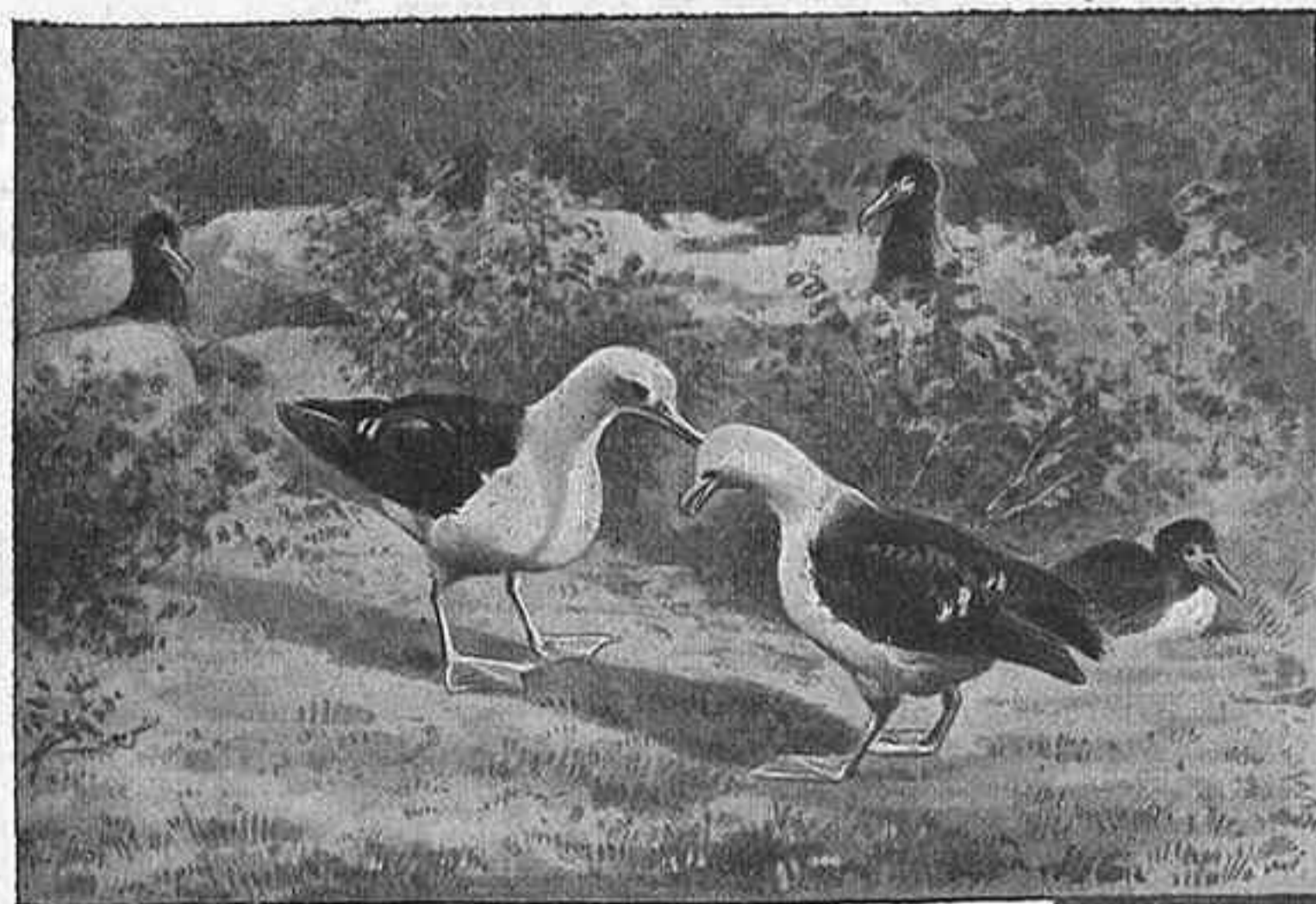
¿Y quién sabe si en realidad su vida depende hasta cierto punto de la danza? En nuestras sociedades, solemos considerar las artes y los juegos como funciones necesarias á la buena armonía social, ya porque proporcionan un derivativo y un ejercicio á actividades no empleadas y que correrían peligro de aniquilarse si no se las pusiera en acción, ya porque distraen de los cuidados de la lucha diaria por la existencia. ¿No sería curioso que ya en las sociedades de aves halláramos un antiguo instinto, en un principio relacionado solamente con el período nupcial y más tarde bastante alejado de ese carácter originario para no servir más que de consuelo y de placer, como si esos animales fuesen ya asaz pesimistas para querer olvidar la vida?

¿Y no podría esta observación arrojar quizás alguna luz sobre el origen de las artes?

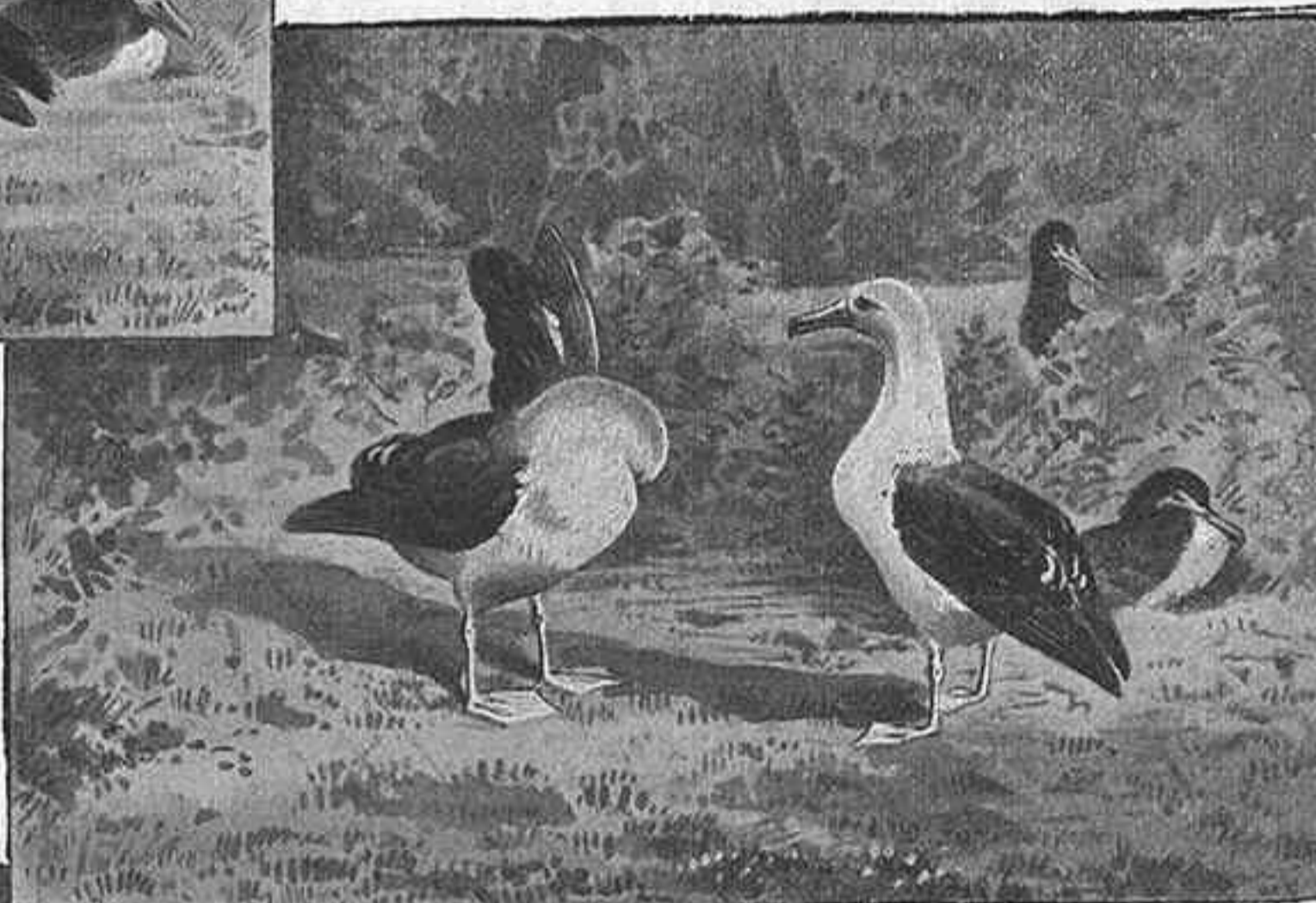
Los albatros anidan por los meses de noviembre y diciembre y sus nidos se componen de juncos, hierbas y hojas secas que comprimen hasta formar con ellos una masa compacta. La puesta es de un solo huevo de diez á doce centímetros de largo por siete ú ocho de ancho.

Sus movimientos en tierra son muy torpes; en cambio, su vuelo es rapidísimo y muy sostenido, de suerte que pueden acompañar por espacio de muchos días á los buques para atrapar los desperdicios que éstos arrojan al mar, y aunque el buque ande con mucha velocidad lo siguen sin quedarse atrás ni dar muestras de cansancio.

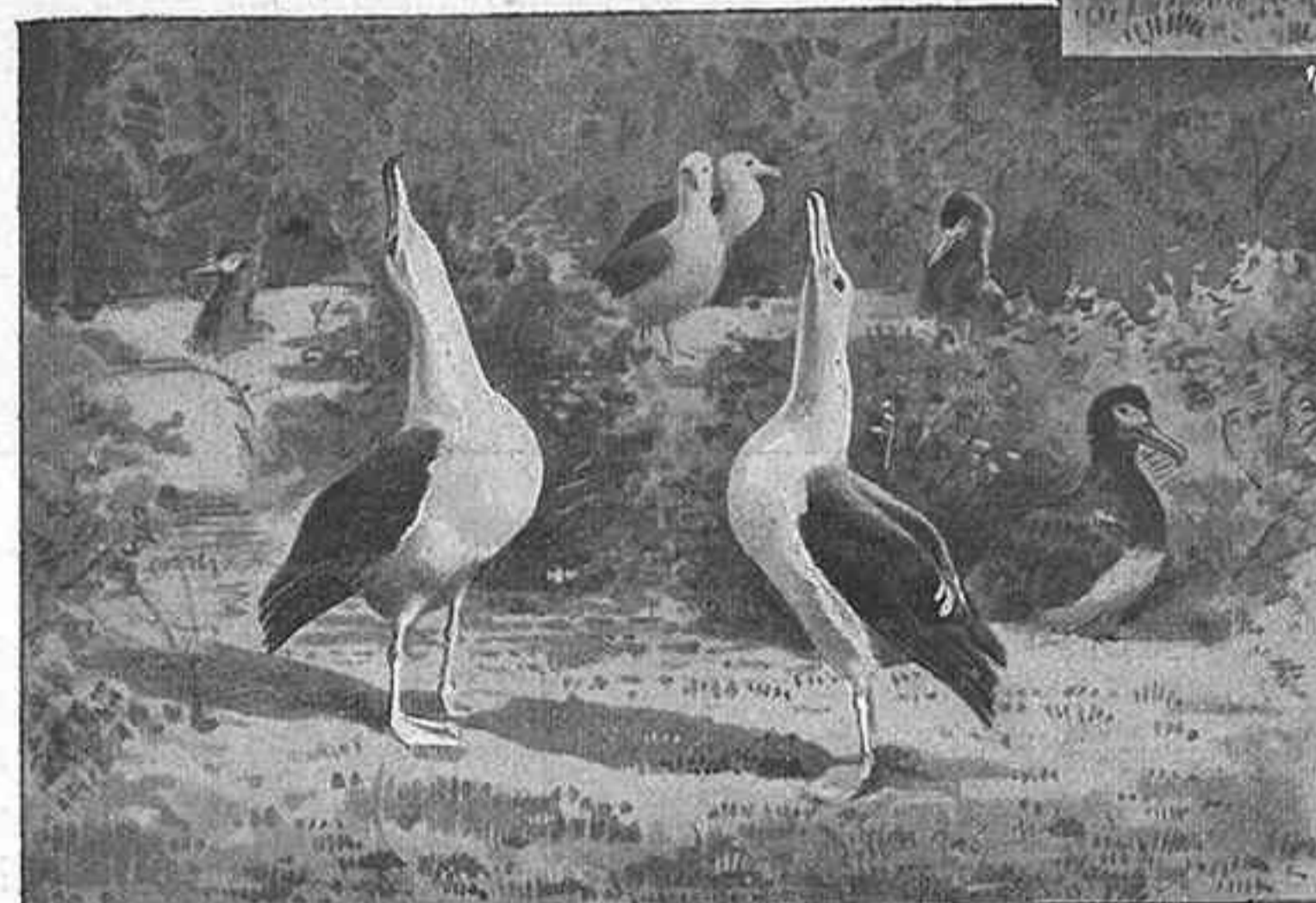
FRANCISCO DE CARITENE.



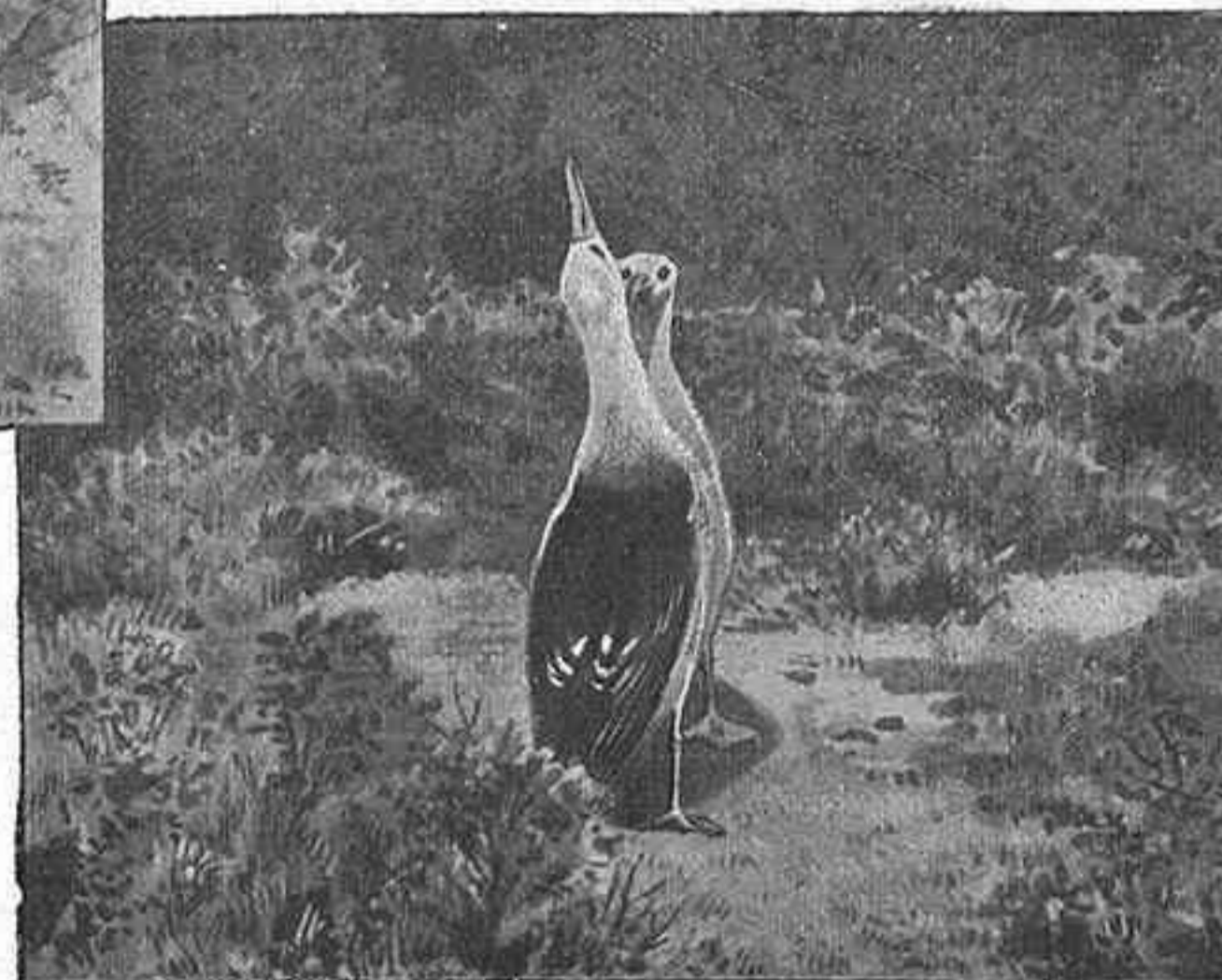
Primer tiempo



Segundo tiempo



Tercer tiempo



Variante del tercer tiempo

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

LIBROS DE CABALLERÍAS. PRIMERA PARTE. CICLO ARTÚRICO. CICLO CAROLINGIO, por *Adolfo Bonilla y San Martín*. — Forma este tomo de 556 páginas el 6.º volumen de la importantísima publicación que con el nombre de «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» y bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, edita en Madrid la casa Bailly-Baillière é hijos, y contiene los libros de caballerías *La demanda del Santo Grial, Libro del esforzado caballero don Tristán de Leonis y de sus grandes hechos en armas, Crónica de los muy notables caballeros Tablante de Ricamonte y de Jofre, hijo del conde don Ason, y Cuento del emperador Carlos Maynes e de la enperatris Senilla*, los tres primeros ilustrados con la reproducción de sendas portadas de las primitivas ediciones. Es un libro de verdadero bibliófilo y cómo todos los de esa biblioteca honra á los editores, que con esta publicación realizan una obra eminentemente patriótica digna de los más entusiastas aplausos.

POLÍTICA DE ESPAÑA EN AFRICA, por *Gonzalo de Reparaz*. — Basta enunciar las materias que en este libro se tratan para comprender el interés de actualidad y la importancia del mismo. Después de una introducción sobre la tradición colonial de España, estudia el autor la geografía física, política y económica de Marruecos, fijándose especialmente en las regiones que más interesan á nuestra patria, los antecedentes históricos del problema marroquí desde el siglo XV, el estado actual de esta cuestión y de la política internacional, y la solución de la misma, señalando cuál ha de ser la acción española en Marruecos. En cuanto á la competencia con que el autor se ocupa de todos esos asuntos, el nombre del señor Reparaz es sobrado conocido en España y quizás más aún en el extranjero, para hacer innecesarios cuantos elogios pudiéramos dedicar á sus profundos y sólidos conocimientos y al espíritu levantado é imparcial en que está inspirada su obra. Un tomo de 468 páginas, impreso en Barcelona en la Imprenta Barcelonesa. Precio, cinco pesetas.

PARCIVAL, ópera de *Ricardo Wagner*. Traducción catalana en verso adaptada á la música por *Serónimo Zanné y Joaquín Pena*. — El catálogo de libretos de óperas de Wagner publicados por la «Asociación Wagneriana» de Barcelona, se ha aumentado



María de Magdala, cuadro de P. Joris
(V Exposición Internacional de Arte. Barcelona, 1907.)

con el de la obra maestra del inmortal músico alemán. La labor realizada por los señores Zanné y Pena es bajo todos conceptos notable y se halla avalorada por la del Sr. Doménech Español, que con gran conocimiento de la obra ha hecho una concienzuda exposición de los temas y figuras musicales que se resume en un interesante cuadro sinóptico. Impreso en Barcelona por F. Giró, véndese el libro, que tiene 128 páginas, á 3'50 pesetas.

LOS PUEBLOS AMERICANOS EN EL SIGLO XX (tomo II), por *R. Beltrán y Rózpide*. — Nuestro distinguido colaborador, señor Beltrán y Rózpide, ha reunido en este volumen, refundiéndolas y ampliándolas, las «Revistas hispano-americanas» que quincenalmente publica en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Contiene el libro las publicadas desde 1904 á 1906 y la forma en que las reproduce, agrupando por naciones todo lo que durante esos tres años ha escrito parcialmente de cada una de ellas, ofrece la ventaja de que los asuntos se presentan con un enlace y una unidad que contribuye poderosamente á su mejor comprensión. Además, el Sr. Beltrán y Rózpide ha podido dar á ciertas materias especialmente interesantes una amplitud que no consenten los trabajos periódísticos. El libro forma un tomo de 276 páginas, impreso en Madrid en la Imprenta del Patronato de huérfanos de Administración Militar; su precio es de cinco pesetas.

CAYRES VIUS, por *Victor Catalá*. — La insigne escritora catalana que se oculta bajo el seudónimo de Víctor Catalá, y á la que tanto y tan justo renombre han dado su colección de *Dramas rurals* y su hermosísima novela *Solitud*, ha publicado una nueva serie de trabajos en los que se admiran las mismas excepcionales dotes de estilista, de observadora profunda y de narradora vigorosa que han hecho de ella una de las figuras más grandes de la literatura contemporánea. En cada uno de los artículos que componen ese volumen, aparece en todo su relieve la personalidad de la autora manifestándose en diversas modalidades, según la índole del asunto, pero siempre genial así en sus concepciones como en la forma de que las reviste. *Cayres vius* forma parte de la biblioteca que con tanto éxito publica en Barcelona «Joventut» y se vende á tres pesetas.

GUÍA DE LA EXPORTACIÓN DE BARCELONA, recopilada por *José M.ª Fuentes*. — Un tomo de 226 páginas que contiene multitud de datos y noticias interesantísimos para el comercio. Impreso en Barcelona, en la imprenta de Pedro Ortega.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

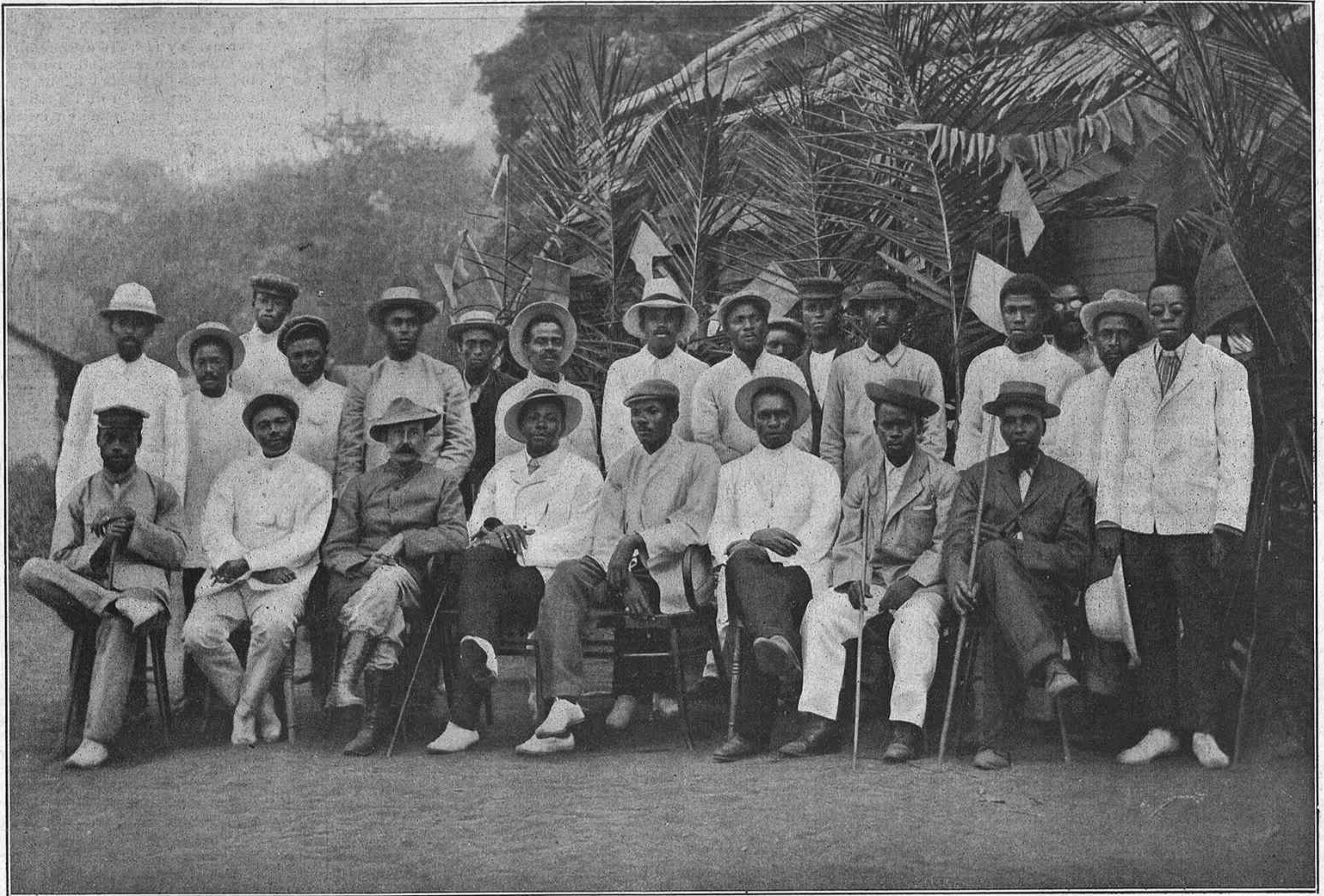
PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Egiptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PECHO IDEAL
Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdean, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferriosa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Fernando Poo.—Asamblea agrícola de San Carlos celebrada el día 24 de enero de este año

La grave crisis agrícola que durante el año último afligió á la importante colonia de Fernando Poo, aconsejó la constitución de una Cámara que tuviera á su cuidado la vigilancia y defensa de los intereses representados por la agricultura, principal fuente de riqueza de aquel país, así como la misión de interesar del gobierno medidas protectoras encaminadas á lograr la prosperidad de aquellas islas.

Por fin, en 16 de febrero último fué declarada oficial dicha Cámara y aprobado su reglamento, comenzando á funcionar con general aplauso, pues los agricultores cifran grandes esperanzas de la gestión de dicha entidad, que atenta á desarrollar la esfera de su acción, invitó á los de San Carlos á celebrar una asamblea con el objeto de designar una comisión, representativa de aquel distrito, que ayude en su labor á la

Cámara establecida en Santa Isabel, resultando elegidos Maximiliano Jones, presidente; José W. Dougan, vicepresidente; Joaquín Torruella, secretario, y vocales Tadeo Barber, Tomás Merovio, Juan Bronw, Daniel Campbell y Gessi Jark.

Plausible es la iniciativa y digno de encomio el espíritu que informa los esfuerzos de los agricultores de aquella importante colonia. De ahí que unamos nuestros votos á los suyos para que el Estado otorgue la merecida protección para que puedan desarrollarse las fuentes de riqueza de aquel territorio que forma parte de nuestra patria.

En la fotografía que reproducimos, los personajes sentados son, de izquierda á derecha, los Sres. Merovio, Bronw, Torruella, Jones, Dougan, Jark, Barber y Campbell, que componen la citada comisión representativa.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PILULES
de **BLANCARD**
EXIGIR LA SIGNATURE

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**

EL ANIOL DE LOS
JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

data de 1849

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Épave y conserva el cutis limpio y terso

Casa GANDÈS

Paris
B^o St-Denis, 16

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILAVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN